

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ESCUELA DE VERANO

LAS NOVELAS
de
GREGORIO LOPEZ Y FUENTES

TESIS

QUE PRESENTA EL SEÑOR

Seymour Menton

PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRO

EN ARTES EN ESPAÑOL



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

TIPOGRAFICA ORTEGA
Emperadores 114
México, D. F. — 1949



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

XN49

M4

ej. 2

*Dedico este mi canto
a la Princesa del Santo*



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

Nota Preliminar



UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

Antes de escoger un tema para mi tesis, establecí varios requisitos. El tema tenía que ser más o menos original. No quería hacer un estudio o una compilación de las obras de crítica acerca de un autor, sino un estudio de las obras mismas del autor. Puesto que hay tanto escrito sobre todos los autores conocidos del pasado, el sujeto del estudio tenía que ser, o una figura obscura del pasado, o un escritor contemporáneo. Como no había descubierto ningún libro ni documento que aumentara la estimación en el mundo de algún desconocido, mi selección fue limitada a un contemporáneo. Al venir a México a estudiar, mi mayor propósito es tratar de conocer lo más profundamente posible a México y al pueblo mexicano en todos sus aspectos. Para conocer a México en su aspecto literario, ¿qué puede ser mejor que una tesis escrita sobre un literato mexicano? Sin embargo, tenía que evitar el peligro de escoger a un autor de "la torre de marfil" y autores con marcada influencia extranjera. Pues bien, el sujeto de mi tesis tenía que ser contemporáneo, mexicano, y un autor cuyas obras estuvieran estrechamente unidas a la sociedad en que vivía; todo lo cual me ayudaría a realizar mi propósito de conocer mejor a México. Después de leer algunas novelas de Gregorio López y Fuentes, me convencí de que éste era el autor a quien buscaba: un mexicano contemporáneo con una gran preocupación por los problemas de su sociedad.

Ya que he explicado el motivo de la selección del tema, conviene escribir unas cuantas palabras sobre la organización de la tesis.

Para comprender bien las obras de un autor, es indispensable estudiar su vida. Por eso, en el primer capítulo vamos a encontrar en el relato de su vida las razones que explican algunas fases del novelista. Como autor, López y Fuentes ocupa un lugar en la herencia literaria de su patria. Por consiguiente, el penúltimo capítulo está dedicado a una breve historia de los novelistas mexicanos a cuya tradición pertenece López y Fuentes, con el propósito de colocar a éste en su sitio merecido entre los grandes maestros literarios del país.

Más que estilista fino, López y Fuentes es un novelista cuyas obras reflejan su interés intenso en los problemas sociales de su época. Por eso, me ha parecido mejor estudiar fase por fase todas sus novelas, de manera que no es de extrañarse que una de ellas se encuentre discutida en varios capítulos desde distintos puntos de vista. De este modo, por la estructura relajada de casi todas sus novelas, no perdemos nada en "disecarlas"; pero sí llegamos a conseguir un mejor panorama del autor al lograr juntar la discusión de las partes semejantes de sus libros.

Quisiera manifestar mi sincero agradecimiento a Gregorio López y Fuentes por su gran cooperación; a mi consejero, el Doctor Raúl Cordero Amador; y al Profesor Andrés Tenorio Barroso por su ayuda general en la formación de esta tesis.

Ya hecho el prefacio, vamos al grano. ¡Manos a la obra!

I

Vida de López y Fuentes

Por objetivo que sea un autor, siempre se revela algo de su vida y de su carácter en sus obras, o en la selección de temas y escenarios, en el desarrollo de personajes, o en las ideas expresadas. Gregorio López y Fuentes, por cierto, un autor que no trata de quitar su personalidad ni disfrazar sus ideas en sus libros, nos ofrece en sus obras algunos hechos de su vida que nos ayudan a comprenderlo mejor.

Descendiente de una familia que había vivido en tierra caliente por generaciones, Gregorio López y Fuentes nació el 17 de noviembre de 1897 en la hacienda de La Mamey cerca de Zontecomatlán en la Huasteca veracruzana. Hasta la edad de once años asistió a la escuela de Zontecomatlán y después, en la ciudad principal del distrito, Chicontepec. Los fines de semana regresaba a la hacienda familiar a cazar y a pescar con su padre. Son estos primeros años de su vida que hicieron la impresión más profunda en López y Fuentes. Por todas sus novelas se siente el gran amor del campo. Para él, el campo es la "escuela" del hombre bueno y sencillo, el hombre no corrompido por los males de la ciudad. Al escribir, se vale mucho de las experiencias imborrables de su juventud. Como él mismo nos ha dicho, "Hay que saber profundamente una cosa antes de tratar de escribir acerca de ella". Con razón describe tan bien la pesca y la caza de los indígenas en *El Indio*. En la pequeña hacienda donde su padre tenía un poco de ganado y sembraba los campos, el joven Gregorio tenía bastantes ocasiones para platicar con los arrieros que venían a vender y a comprar. Además, viajaba con ellos diariamente cuando iba a la escuela a Chicontepec. ¿Es de admirarse entonces que escribiera *Arrie-*

ros con tanto amor por los protagonistas a quienes conocía tan bien? ¡Claro que no! A los niños, el hombre sencillo con la sabiduría del pueblo siempre ha inspirado amor y simpatía. En *Entresuelo*, a veces el autor se convierte en el protagonista Diego Doblado, quien extraña la felicidad tranquila de su vida en la hacienda paternal. Dos de los odios más grandes de López y Fuentes están dirigidos contra la injusticia y contra la ciudad.

La injusticia de los gobernantes ha contribuido al sentimiento anarquista del autor. En *Arrieros*, aprendemos que, precisamente a causa de la posición ideal del rancho en la ruta de los arrieros, se le antojó a uno de los que mandaban entonces pedir al padre de Gregorio que le vendiera su tierra. Cuando aquél rechazó la oferta, comenzó la extorsión. Por fin, tuvo que huir dejando a su familia sin defensa. Los agresores no dejaron de aprovecharse de la ocasión. Furtivamente derrumbaron las cercas, mataron a los animales, e incendiaron una de las casas. Una noche regresó el padre del autor, y salió toda una caravana rumbo a otra finca en tierra más caliente. Escenas tan crueles e impresionantes no se olvidan y se han reproducido vívidamente en *Huasteca*. También las páginas de *Tierra* y *El Indio* evocan los mismos recuerdos tan amargos.

Contra la ciudad dirige el autor una queja, por haberlo separado de los gozos sencillos del campo. Le habría gustado más quedarse en la hacienda con sus hermanos donde disfrutaba de la vida ranchera. Sin embargo, su padre, aconsejado por el maestro, quería que su hijo fuera a la Capital. El maestro, sin duda muy buen observador, había notado en su alumno un talento especial que no podía "echarse a perder" en el rancho. López y Fuentes con una muestra de modestia sincera se burla del maestro en el discurso de Diego Doblado en *Entresuelo*.

"¡Mi talento! Además de las escasas materias que llevé en la escuela, únicamente sabía en qué mes comienzan a hacer su nido los tordos, cuándo emigran los patos silvestres, a qué hora bajan al aguaje los venados: todas las pequeñas cosas del campo".¹

¹ Gregorio López y Fuentes, *Entresuelo*, Ediciones Botas, México 1948, p. 45.

El autor nunca ha perdonado al maestro por su papel en este cambio tan importante en su vida. Aunque para López y Fuentes, autor de novelas de tesis social, el maestro debe ser un personaje simpático, a través de las páginas de sus novelas, el maestro no se destaca por el trabajo monumental que está realizando en México. En efecto, el maestro no aparece sino en una novela, *El Indio*; aunque el autor nos ha dicho que hay rico material para novelas entre los maestros rurales. Es que todavía guarda un poco de rencor en el alma contra el hombre que lo hizo abandonar su rancho tan querido. En realidad, nosotros los lectores debemos mucho al maestro por haber descubierto el talento del autor, aun cuando éste lo desconocía, y por haber sacado de la obscuridad a uno de los más grandes de los literatos mexicanos.

Mandado a México por su padre para estudiar para maestro, López y Fuentes, en 1914, a la edad de diez y siete años, publicó su primera obra, *La Siringa de Cristal*, una colección de poesía. Durante la Revolución, cuando Carranza se acercaba a México para derrocar al pérfido Victoriano Huerta, salió de México en busca de la tranquilidad de su tierra. Mas la suerte dictó que participara en la defensa valiente, pero inútil, de Veracruz contra los norteamericanos. Sabiendo este detalle de su vida, no es difícil comprender su odio hacia el "Coloso del Norte" que se manifiesta sobre todo en *Huasteca*. Durante los años de 1915 hasta 1923 vivió en la hacienda familiar, emprendiendo uno que otro viaje de negocios a México y a las otras ciudades de la República. En 1922 publicaron su segundo tomo de versos, *Claros de Selva* y su primer intento en el campo novelesco, *El Vagabundo*. En 1924 se decidió a vivir en México y llevó a la Capital su segunda novelita, *El Alma del Poblacho*. Recién llegado del campo, no pudo o no quiso hacerse amigo de los otros escritores mexicanos. Pasó todo el tiempo escribiendo artículos, cuentos, y versos que salieron en *El Universal Ilustrado*, *Arte y Literatura*, y otras revistas literarias. No ganaba mucho con ello y se vio obligado a aceptar una posición transitoria de profesor en la Escuela Normal, antes de conseguir un empleo más a su gusto como periodista, en *El Gráfico*. Pronto se cansó de los artículos rutinarios y comenzó a publicar una columna diaria, "La Novela Diaria de la Vida Real", cuentos ficti-

cios basados en las noticias sensacionales de cada día. Por cinco años escribió "una novela diaria", lo que le dio práctica excelente para sus novelas subsiguientes. Además de enseñarle a escribir rápidamente, las "novelas diarias" le proporcionaron un conocimiento de la gente y de las costumbres de la ciudad. Ascendió a director de *El Gráfico*, y actualmente es director de *El Universal*.

Ahora un hombre de cincuenta y dos años, López y Fuentes no ha perdido nada de la amabilidad y la franqueza del campo. Está casado y su hijo mayor está para recibirse de médico. Sin duda, muchas escenas de la vida conyugal que aparecen en *Entresuelo* tienen su inspiración en la propia vida del autor.

En la comprensión de un autor, siempre ayuda el saber cuáles son sus gustos literarios. Cuando le preguntamos cuál era su libro favorito, sin vacilación alguna, López y Fuentes contestó, "la Biblia". Considerando la actitud violentamente anticlerical de sus novelas, le pedimos una explicación. En un tono de sinceridad entera nos contestó con más o menos las palabras siguientes:

"Mire Ud., yo he leído la Biblia varias veces y por eso no voy a ninguna iglesia, porque veo la farsa y la hipocresía de la religión organizada, tan discordante con los principios originales de Cristo, por quien tengo un gran cariño. No tengo ningún prejuicio".

De la Biblia le gusta sobre todo la sencillez y el gran sentimiento de comprensión y compasión por la humanidad. Otras obras que se destacan por las mismas razones son: la *Odisea*, las obras de Gorki, la poesía de Walt Whitman, y las novelas de John Steinbeck. Entre los autores mexicanos, le gusta más Mariano Azuela, aunque considera que *Los de Abajo* es una obra antirrevolucionaria. Entre sus propias novelas, López y Fuentes no tiene favoritas; más bien, tiene partes favoritas en casi todas. Le gusta escribir y además, con su entrenamiento de periodista le gusta escribir rápidamente. Quisiera tener más tiempo para escribir, pero desgraciadamente no puede vivir exclusivamente de sus esfuerzos literarios.

Sus planes futuros para novelas están basados en un intento de desarrollar completamente todos los temas que ha insinuado en sus otras obras. Si sigue escribiendo con su rapidez acostumbrada, no hay razón por la cual López y Fuentes no nos haya de dejar un cuadro completo de la sociedad mexicana de la época, una especie de obra "balzaciana".

II

Novelista de la Revolución

Antes de proceder a analizar a López y Fuentes como novelista de la Revolución Mexicana, hay que definir nuestro concepto de la Revolución.

La Revolución Mexicana no fue una explosión inexplicada contra un gobierno que había dado a México treinta años de paz y prosperidad aparente. Fue el resultado de una larga serie de injusticias sufridas por el nivel inferior de la clase media y la clase baja; injusticias que hicieron posible la prosperidad del país, o más bien, la prosperidad de la clase alta y de las compañías extranjeras que estaban explotando las riquezas naturales de México. No cabe duda de que la Revolución de 1910 fue la expresión popular de los sentimientos de la mayor parte de la población mexicana. Don Porfirio Díaz fue derrocado, no tanto por la fuerza de armas, sino por la fuerza de la opinión pública. La reelección del General Díaz, que fue la causa política inmediata de la Revolución, sólo sirvió para encender las teas de los "Pípilas" de 1910, ansiosos de asaltar la "alhóndiga" bajo cuyo techo tantos abusos habían sido cometidos. La Revolución fue mucho más que una rebelión impetuosa contra un personaje odioso y lo que representaba. Fue otra manifestación de una fuerza arrolladora, activa desde 1810 en la historia de México; fuerza que tiene por fin la realización de la debida grandeza de México.

"La revolución de 1910 que obedeció en su primer impulso a ostensibles causas políticas, entrañaba también y muy principalmente, severas reivindicaciones sociales. Era en realidad continuación y complemento de los dos grandes movimientos revolucionarios an-

teriores que con ella demarcan en tres ciclos la historia moderna de México: la Independencia y la Reforma".²

Se puede decir que la Guerra de 1810-1821 consiguió la independencia política de México. La Reforma comenzó a luchar por la independencia económica dentro del país, o sea contra la Iglesia, la cual era el terrateniente más poderoso desde hacía mucho tiempo. La Revolución de 1910 comenzó a luchar por la independencia social dentro del país, o sea la incorporación del indio en la sociedad, y la independencia económica del país de explotadores extranjeros. Que la Revolución ha dado grandes pasos en la realización de sus ideales, no hay duda. Que la Revolución todavía no ha cumplido completamente sus ideales, tampoco hay duda. Por consiguiente, al hablar de la Revolución Mexicana, hablamos, no sólo del período de la lucha armada, sino también de la época actual, en la cual somos testigos de la continuación de la misma. Dado que la independencia económica de México es uno de los fines de la Revolución, ¿quién puede negar que la expropiación de petróleo en 1938 no fuera una manifestación de la Revolución? Su mayor fin ha sido el mejoramiento del nivel de la vida del mexicano, mediante la independencia completa del país. Los programas de los ejidos, la campaña de alfabetización, y la construcción de escuelas, presas, sistemas de irrigación, hospitales, etc., todo puede considerarse como parte de la Revolución. Mientras que todos estos programas no se hayan llevado a cabo, podemos decir que todavía no se ha terminado la Revolución Mexicana.

En este capítulo hemos formado un grupo de novelas que tratan de la Revolución desde distintos puntos de vista. Del período de la Revolución armada hay *Campamento*. Reflejando los ideales y la lucha de Emiliano Zapata hallamos *Tierra*. *Mi General* nos muestra el efecto de la Revolución sobre un ranchero que se aprovechó de la situación. *Huasteca* habla de la expropiación petrolera, y *Acomodaticio* es una crítica de los políticos que deben cumplir sus promesas y realizar los ideales del pueblo.

² Carlos González Peña, *Historia de la Literatura Mexicana*, Editorial Porrúa, México 1945, págs. 390-391.

En cuanto al soldado revolucionario, sus ideales o falta de ellos, y su vida diaria con todas sus dificultades, se encuentran en la primera novela producida por la pluma de López y Fuentes.

Campamento es una presentación en el estilo cinematográfico del autor de la vida de las masas que formaron los ejércitos revolucionarios. Aunque siempre son indispensables los jefes, las masas evocan en nosotros una gran simpatía por su anonimidad, y por sus sufrimientos no cantados. El coronel resume muy bien el espíritu revolucionario al decir:

“Los nombres al menos en la Revolución, no hacen falta para nada”.

Es que todos, generales y soldados rasos, a sabiendas o no, están luchando por la misma causa. Es precisamente en la revelación de la falta de ideales revolucionarios de los soldados que el autor nos indica la fuerza del movimiento revolucionario. El coronel se jacta ante el capitán ex-federal de haber sido uno de los primeros agitadores revolucionarios del país. A otro, los revolucionarios sacaron de una cárcel. Un aventurero, por su odio de los rurales, se unió al ejército revolucionario. Otros se alistaron por las injusticias del “reino” porfirista. A otro quitaron su ranchito. Total, que cada uno tiene su propia razón. Aunque solos no tengan un ideal revolucionario, en su conjunto reflejan las injusticias del sistema semi-feudal bajo Porfirio Díaz, injusticias que provocaron la Revolución de 1910. Lo que queda muy claro, es que en una revolución no se puede permanecer neutral. Un rancharo, cuyos caballos son llevados por rurales y revolucionarios, acaba por decidirse a huir con éstos.

Una de las características más dominantes del soldado mexicano es su desprecio a la muerte. ¡Con qué indiferencia se juega la vida en la “ruleta de la muerte”! A las giras de la pistola puede señalarse quién tiene que pagar las copas con dinero o con la vida. Podemos atribuir semejante pasatiempo a la falta de diversiones en el campamento.

Entre la vida social de un campamento en cualquier guerra, nunca falta una clase de mujeres, atraídas como mariposas a las luces de las

hogueras. Retratando con fidelidad la vida del campamento en todos sus aspectos, López y Fuentes nos permite algunos vistazos de estas mujeres. Vemos a la joven viuda de la población, quien mira con interés el desfile de los revolucionarios. En la noche se mete en el campamento, so pretexto de buscar a su comadre. Al amanecer, ninguno de los soldados quiere llevarla consigo. Es que en el campamento los soldados acogen a la mujer, pero antes de marcharse, la despiden, porque estorba mucho en el camino. En cambio, el autor nos presenta otros tipos de mujeres, tipos muy dignos de nuestra admiración. Al entrar los revolucionarios en el poblacho, casi todas las mujeres les tienen mucho miedo, y con razón. Vienen los soldados hambrientos, y matan gallinas y puercos sin pagar nada. Otro tipo de mujer que sufre mucho en la guerra es la "soldadera": es decir, la esposa del soldado que lo sigue por todas partes. ¡Cuánta es nuestra compasión por la "soldadera" que ve morir entre la sangre y el lodo a su niño, después de ser lanzado de una mula contra una piedra! Tampoco vamos a olvidar a la mujer cuyo hijo mayor murió en la Revolución, mientras que el menor también se va a escondidas a luchar. Vemos pasar por todo el campamento la sombra de una mujer preguntando: "Señores, ¿no han visto a mi hijo?"

Tanto en la presentación de las mujeres, cuanto en el retrato de todo el campamento, percibimos en el autor el odio de la guerra. Para él, la guerra, además de todas sus crueldades, tiene la injusticia de hacer jefes a algunos hombres que, únicamente en rango militar, son superiores a los demás. Este odio de la guerra le da ocasión de revelar sutilmente su anarquismo.

En casi todas las novelas de López y Fuentes, podemos notar una tendencia anárquica. Esta tendencia lo hace criticar a todos los que tengan autoridad sobre otros, por poca que sea. De los generales, no hay mucho que discutir. Se distinguen dos clases: los verdaderamente honrados y los jefes que se aprovechan de la guerra para enriquecerse. De aquéllos, casi siempre pobres, pero sin embargo los verdaderos revolucionarios, hay dos grupos: los que pueden y los que no pueden inspirar la honradez en sus hombres. Los "jefes que gustan de las manos libres" se pueden subdividir en: "los que lo quieren todo para ellos" y los que roban y permiten a sus hombres robar también.

En la justicia revolucionaria, el novelista encuentra mucho que criticar. Su pluma sarcástica contrasta la formalidad artificial del consejo militar con la inocencia completa de los condenados, desde el punto de vista humano. La sentencia de la muerte cae sobre los prisioneros como un rayo, mientras que los oficiales la despachan con un desprecio completo para los condenados. El capitán tiene la insolencia de decirles:

“En cuanto al tiro de gracia, les aseguro que seré rápido: la sien es una parte tan noble!”

El autor también es capaz de mostrar simpatía por un oficial, el cabecilla; pero, sólo después de que le han quitado su ejército y su caballo. Aquí vemos la oposición del autor a los males producidos por la base autoritaria de nuestra civilización. El odio de los oficiales llega a su colmo al final del libro en el episodio del vado del río. La crueldad del coronel, hecho furioso porque los enfermos, lesionados, y estropeados no quieren pasar el río, incita tanto la furia del autor, personificado en el subteniente, que ya no aguanta más y mata al mismo coronel.

Interesándose más en la explicación de la conducta de un ranchero hecho general revolucionario y diputado, López y Fuentes produjo en 1933 *Mi General*. Mientras que *Campamento* es una presentación de la Revolución desde el punto de vista del soldado raso, *Mi General* nos presenta el punto de vista egoísta del protagonista. Considerando un aspecto del libro, vemos cómo, en cualquier movimiento político, siempre se encuentran individuos que tratan de aprovecharse de la situación. Con intención, “*Mi General*” sale del rancho en busca de la fama. Sólo piensa en servirse a sí mismo. Todos sus esfuerzos se dirigen hacia el fin de adquirir fama. El ranchero, aficionado a la aventura, al oír relatar las hazañas de la Revolución, se aburre en su rancho y resuelve salir en busca de la gloria. En la primera parte del libro, la suerte de “*Mi General*” se identifica con el crecimiento de la fuerza de la Revolución. El domador de caballos organiza el núcleo de su grupo revolucionario en el rancho. Sus visitas a haciendas cercanas aumentan el número de sus tropas. En un párrafo pequeño, López y Fuentes nos da una idea excelente de la fuer-

za de la Revolución. De hacienda en hacienda rueda "la bola" agrandándose constantemente.

"Por la noche salimos a una excursión. En ocho leguas de ida y vuelta pasamos como a cinco haciendas, donde nos hicimos de algunas armas, buenos caballos, y no menos de quince muchachos se nos unieron con todo entusiasmo".³

En los primeros días, quince muchachos constituyen un gran aumento para el "ejército" de "Mi General". Después, saliendo de los mismos "surcos" de la vida, se levantan otros grupos y se juntan bajo "Mi General". La "bola" sigue rodando y las victorias no tardan en llegar. Nuestro protagonista entra en la ciudad con su ejército y se separa completamente de la Revolución. Se siente ofendido por su falta de reputación y se decide a remediar la situación. Siguiendo el ejemplo de otros generales, se hace conocer provocando zafarranchos en varios lugares poco respetables de la ciudad. Una vez conocido, a "Mi General" surgen las ambiciones, y el resto de la novela se dedica al relato de su ascenso vertiginoso y de su descenso, aún más vertiginoso. Al final del libro lo encontramos rumbo a su rancho y otra vez feliz porque ya se ha sacado la espina de la aventura y está resuelto a regresar a sus costumbres viejas y sanas.

Si no predominan los ideales revolucionarios en *Mi General*, sí se destacan en *Tierra* (1932), libro por excelencia de la Revolución, desde el punto de vista idealista del movimiento agrario. Con gran acierto, López y Fuentes nos enseña las condiciones económico-sociales que provocaron la Revolución, y después sigue el movimiento zapatista hasta la muerte de su gran jefe en 1919. Por una serie de cuadros magníficamente pintados, conseguimos una idea cabal del seudo-feudalismo de la hacienda prerrevolucionaria.

¿Cuál es la base del seudo-feudalismo? Esta es un poco distinta que la base del feudalismo de la edad media. Durante esta época, a causa de las invasiones de los árabes, los ataques de los normandos y el temor de las tribus germánicas, la gente del oeste de Europa busca-

³ Gregorio López y Fuentes, *Mi General*, Ediciones Botas, México, 1934, p. 41

ba la salvación en los feudos de los caballeros ricos. En cambio por la protección, los siervos tenían que trabajar las tierras de sus amos. También en México, en la hacienda de Don Bernardo González, los peones tenían que trabajar las tierras de su amo, pero con la diferencia de que ya no les amenazaban invasores feroces. Desde los principios del libro, poco a poco se nos presentan las injusticias de la hacienda, y la psicología de los amos y de los "esclavos".

En el primer capítulo nos muestra el novelista casi todos los elementos injustos de la hacienda. En una sola pregunta se pueden ver la avaricia del amo, su amistad con los administradores de las leyes, y el respeto de los peones por la astucia de sus amos. Nos referimos a la pregunta ingenua.

"—¿Pero cuándo ha perdido el amo un litigio por terrenos?"

El amo, representado por su capataz, está retratado con todo su mal, contrastado con el bien innato de los peones. Al pasar la columna de peones rumbo al nuevo terreno donde van a construir las cercas de alambre de púa, se puede percibir al capataz caminando atrás para no mojarse con el rocío mañanero, mientras que los peones, cargados de los rollos de alambre, marchan estoicamente por la naturaleza. El capataz es el único que lleva pistola y... el único que no trabaja. Se ve incompetente ante la naturaleza. Tiene que reconocer la sabiduría de Procopio en lo de la dirección que deben llevar los trabajadores. Desgraciadamente, reconoce la sabiduría de Procopio un poco tarde en el asunto de la mordedura de la víbora. Al no permitir cortar inmediatamente el dedo al peón, causa su muerte. El mayordomo, transmitiendo la "bondad" del amo, consuela a la viuda, diciéndole que será recibida en la servidumbre del patrón, y que sus niños, tan pronto como puedan, trabajarán en la hacienda; todo para perpetuar el sistema. También nos encontramos con el pobre Silvestre, quien ha perdido un brazo en un trapiche de la finca: ¿la compensación obrera? inaudita en aquella hacienda. El primer capítulo termina en una nota muy irónica. Pocos minutos después de terminado "El Alabado", himno dedicado al muerto por la alegría de marcharse, se oyen los gritos de una mujer dando a luz, y luego "el balido

de un corderillo” entrando en el mundo para sustituir al muerto. A la mañana siguiente, el padre orgulloso puede anunciar al mayordomo,

“—Ya tiene usted un nuevo criado a quien mandar...”

Es muy interesante la observación de la técnica del novelista al presentarnos este cuadro de injusticias. No describe directamente al amo. Lo retrata por medio del diálogo de los peones, las acciones del capataz, su representante, y la leyenda contada por Procopio. Para aumentar el cuadro del poder del amo, vemos cómo éste conquista, hasta la naturaleza con su alambre de púa. Aunque nos da López y Fuentes en este primer capítulo una idea sobre el poder de Don Bernardo, se ocupa más del cuadro de la impotencia y resignación de los peones. Por ejemplo, consideremos al hombre mordido por la víbora y al hombre “mordido” por el trapiche. Este sigue trabajando sin pensar en quejarse. Aquél ya no puede quejarse, porque murió sin echar ni un grito.

Si en este capítulo, López y Fuentes nos presenta en su propio estilo conversacional las causas profundas de la Revolución, también nos permite descubrir un portento de la suerte de este sistema pseudo-feudal, de una manera completamente distinta. Se trata del simbolismo de la caída de los árboles.

“Tal parece que los trabajadores se alegran al ver caer los que tanta ventaja, en años, les sacan”.

Con esta oración, el autor nos da una insinuación de la caída venidera de la antigua sociedad hacendera.

En los próximos cuatro capítulos, Gregorio López y Fuentes nos revela poco a poco los varios sostenes del pseudo-feudalismo de la hacienda. Después de describirnos el respeto que guardan los peones por su antigua costumbre de proyectar de antemano el casamiento de sus hijos, nos hace presenciar las escenas donde el administrador la atropella.

¿Cómo logra este sistema maltratar tanto a sus siervos? Primero, tiene el apoyo del ejército que representa al gobierno. Si un peón des-

agrada a su amo por cualquier causa, la justicia, o mejor dicho, el amo puede mandarlo de recluta para el mantenimiento del orden y la paz, y para "el sostén de las instituciones". Vamos a echar una ojeada a otro sostén del sistema: la perpetuación de las deudas de los peones.

Se cambia la escena y nos hallamos en la tienda de la hacienda. Vemos esperar afuera una cola de peones. ¿Qué es eso? ¿Estamos equivocados? No. Parece que el tendero está regalándoles ropa, comida: todo, sin pedirles ni un centavo. ¡Qué bondadoso debe ser! A veces aún tiene que persuadir a los peones que tomen las cosas. De cuando en cuando le vemos escribir algunas cifras misteriosas en su librito. Los peones no las comprenden. No saben más que las han heredado de sus padres. Recuerdan que también sus padres recibían estos regalos. Para recompensar la bondad del patrón, de buena voluntad volverán mañana a trabajar los terrenos de Don Bernardo. Luego, vemos entrar a los peones en una cantina antes de regresar a sus casuchas. Para sus "niños" el patrón piensa en todo. Aun les regala las bebidas para que se alegren. A fines de la escena, antes de la bajada del telón, el autor nos enseña "un tendero movable de ropas, más o menos sucias, puestas a secar". ¡Al mirar con más fijeza, percibimos que las "ropas exprimidas" son los mismos peones! otra muestra del simbolismo del autor. El "tendero de ropa" sigue caminando, sin darse cuenta de que ya no le queda el "agua exprimida". Al mismo tiempo que cae el telón, cae la noche y cae el "tendero", demasiado cargado.

Ya nos hemos referido a dos sostenes del sistema semi-feudal: el reclutamiento y la tienda de raya. En el cuarto capítulo, se nos presenta uno de los más poderosos sostenes del sistema: el cura. Mientras que el amo es dueño de nada más que las tierras, el cura llega a ser dueño, hasta de las almas. ¡Con qué ingenio está retratado de hipócrita el cura!

A su llegada, con el pañuelo rojo y la pistola de cilindro, nadie le reconoce. Pero, una vez puestas sus "ropas de trabajo", todos los indios se apresuran a besarle la mano. Cada palabra, cada acción del cura lo distingue como hombre de negocios. Al entrar en la iglesia,

más bien parece un cobrador de alcabalas que un cura. Luego, casa, bautiza, y confiesa al por mayor. Por todo el capítulo se va creciendo la caricatura del cura. Es el amigo del amo, y éste a su vez es el amigo del "curita". En su afán de crear un tipo, López y Fuentes no pasa por alto el detalle más minúsculo. Por fin, nos da tanto asco este tipo, que el autor se ve obligado a quitarlo del escenario. Lo vemos despedirse con bendiciones en la boca, y dos mil pesos en la bolsa.

La llegada del cura había sido la ocasión de una gran fiesta. López y Fuentes se aprovecha aun de los juegos para enseñarnos la impotencia de los peones. No ha menester mencionar más que un "juego": "el palo ensebado". Se nos indica, o más bien vemos, cómo el amo, hasta en los juegos, engaña a sus "niños".

Además del sostén del gobierno, representado por el reclutamiento, y de la Iglesia, representada por el "curita", el amo puede contar también con el sostén derivado de la falta de educación en la hacienda. Antes de estallar la conflagración, el amo mismo nos avisa de las causas que provocaban la Revolución por todo el país.

"... Yo soy amigo del gobierno y por ningún motivo cometería el crimen de armar a mis muchachos. Ellos son felices bajo la obediencia. Con las armas en la mano, ¡quién sabe!"

"... La escuela me los echaría a perder. ¡Quién los aguanta sabiendo leer y escribir! Lo primero que se les ocurriría: pedir tierras y aumento de jornal".⁴

Don Bernardo no se equivocó. Precisamente a fines del mismo capítulo, Antonio Hernández nos trae noticias de que:

"Ya comenzó la bola: don Pancho Madero se ha levantado en armas, en el Norte".

A partir de este anuncio, la "bola" comienza a rodar y sigue adquiriendo fuerza y rapidez hasta tal punto, que ya no puede detenerse, aun cuando se ven realizados sus ideales. Volando por el aire con el autor, vemos un panorama de toda la Revolución Zapatista, desde la erupción de "los volcanes coronados de nieve" hasta el ago-

⁴ Gregorio López y Fuentes, *Tierra*, Ediciones Botas, México 1932, p. 67.

tamiento de toda la "lava". Por una serie de cuadros dinámicos, logramos una idea cabal del horror y del patetismo inherentes de una lucha guerrillera entre paisanos.

La "bola" zapatista nunca se desvía de su camino. Derecho, derecho rueda hasta que se muere su fuerza motora. Parece que hay una fuerza cósmica empujándola, y guiándola. Esta fuerza cósmica se llama Emiliano Zapata. Por todos los cuadros de *Tierra*, aparece su figura entre los surianos, incitándoles, alentándoles, y guiándoles en su marcha libertadora. Como la "bola", la leyenda de Emiliano Zapata sigue adquiriendo fuerza. Poco a poco el hombre va cambiándose en mito. En su entrevista con Antonio Hernández, nos fijamos en su voz, voz de una visión, y no reparamos en el hombre. Para ayudar a "sus niños" a determinar los límites de los terrenos, parece bajar de entre las nubes. Después de su asesinato, los peones, viéndolo amarrado y colgado de una mula, no lo reconocen, o más bien, no quieren reconocerlo. Para ellos, Zapata no puede morir. Acaban por afirmar que no es el cadáver de Don Emiliano. López y Fuentes sigue el crecimiento del mito con una gran delicadeza y con un estilo digno de los mejores escritores. Al terminar esta novela inspirada, el autor llega al colmo de su arte cinematográfico, presentándonos una escena, casi religiosa en su tranquilidad y en su belleza sencilla.

"Al mismo tiempo los dos hombres vuelven la cabeza. Tienen la seguridad de haber oído el tropel de un caballo. Miran, tal vez, perfilada en el fondo del horizonte claro, una figura ecuestre. Se frotan los ojos con las manos, como lo hacen quienes salen de la oscuridad a la luz. No hay nada. Sólo el silencio perfecto de los campos".⁵

Uno de los motivos de queja más fuertes contra el régimen de Porfirio Díaz fue el favorecimiento de intereses extranjeros en México. A pesar de la Revolución armada, el capital extranjero, con toda su influencia, quedó casi intacto hasta 1938. Así vemos que la Revolución Mexicana, que en un aspecto es un movimiento destinado a establecer la independencia económica del país, realizó otro paso importante con la expropiación del petróleo.

⁵ Op. cit. págs. 212-213.

Gregorio López y Fuentes, trabajando como periodista en *El Gráfico* en 1938, fue a los estados de Tamaulipas y Veracruz, y quedó tan impresionado con lo que vio en la región petrolera del país, que inmediatamente se puso a escribir *Huasteca*, novela que apareció en 1939.

El autor describe a México prerrevolucionario como una:

“Colonia de algunos extranjeros por su riqueza agrícola. Colonia de otros extranjeros por su minería. Colonia por su sistema ferroviario. Entonces acababa de poner el pie en el país el colonizador petrolero”.⁶

Por medio de la historia de una familia, en que son protagonistas los hermanos Guillermo y Micaela, se presentan todos los males que acompañan la explotación extranjera. Con el descubrimiento del petróleo surgen las ambiciones, y luego la lucha por la riqueza derivada de la “sangre de los gigantes”. La familia de Guillermo y Micaela, una de las familias mexicanas que se enriqueció, es moralmente destruída por la avaricia. En cambio, las compañías extranjeras, valiéndose de todos los métodos conocidos, sacan las riquezas de la tierra. Sus escrúpulos, o mejor dicho, su falta de escrúpulos, les permite acudir a los subterfugios de los litigios, y aun a la fuerza, si es necesario, para convencer a los mexicanos de que deben vender sus terrenos. Con los pozos de petróleo surgen las casuchas, luego, todos los elementos que contribuyen a la formación de una ciudad. La ciudad petrolera tiene su propia fisonomía. Es una ciudad donde se gana mucho dinero y donde se gasta más. Los trabajadores incultos, al encontrarse por la primera vez en su vida con mucho dinero, se echan a perder en una ciudad donde se encuentran todos los vicios imaginables. Algunos trabajadores pensativos se quejan amargamente de las compañías extranjeras, las cuales sacan toda la riqueza del país, y no se dignan invertir ni un centavo en el mejoramiento del nivel de la vida de los obreros. ¿Construir mejores casas para los trabajadores; escuelas para sus niños; hospitales para los heridos en accidentes industriales? —¡Qué esperanza!

⁶ Gregorio López y Fuentes, *Huasteca*, Ediciones Botas, México 1939, p. 55.

Al estallar la primera Guerra Mundial, ¡con qué ironía destruye el autor la creencia en los ideales! Un ingeniero inglés contesta a un trabajador:

“—Los aliados pelean por defender la civilización...

—¿Y los alemanes?

—¡Ellos por conquistar mercados!”⁷

En *Huasteca*, por la primera vez, López y Fuentes expresa sus pensamientos acerca de la política mundial. Para él, mexicano, las consecuencias de la primera Guerra Mundial no tienen nada que ver con la realización de los ideales de los Aliados. Según él, la Guerra ha “regalado” al mundo la “influenza” española. Las divisiones ya no se hacen entre naciones, sino entre trabajadores y capitalistas. Con la terminación de las hostilidades, surgen los sindicatos con todo lo que significan. Sin embargo, en México, a pesar de los sindicatos, sigue la explotación extranjera, siempre con el apoyo del gobierno, hasta el año monumental de 1938, cuando aparecieron estandartes, carteles y cartelones diciendo:

“La expropiación del petróleo es la independencia económica del país”.

Una causa muy importante por la larga dominación del capital extranjero en México, es la juventud relativa del país como una nación independiente y su falta de tradiciones democráticas. Otra fase de la Revolución Mexicana es el intento de establecer el respeto por instituciones garantizadoras de la libertad. En *Huasteca*, López y Fuentes revela su preocupación por la falta de entrenamiento en procedimientos democráticos de su pueblo. Después de las campañas políticas, a veces sangrientas, con todos sus discursos, y elecciones, el autor nos presenta la noticia esperada:

“Dicen que el candidato derrotado, juzgando que la elección fue una farsa, se ha levantado en armas...”

Esta preocupación por la conducta de los políticos, también presente en *Mi General* se ha desarrollado más completamente en *Aco-*

⁷ Op. cit. p. 211.

modaticio, novela de un político de convicciones. La Revolución Mexicana dio la oportunidad de hacerse políticos a muchas personas que antes no la habían tenido. Durante el régimen porfirista, los puestos oficiales estaban ocupados, principalmente, por hombres de alcurnia, militares distinguidos, o amigos personales del jefe del Estado. A partir de la Revolución, podemos añadir a éstos, un grupo de hombres "listos", o sea, hombres que dedican toda su vida a la política, y se aprovechan de cualquier cosa para realizar sus ambiciones. El ascenso de este tipo de político sirve de base para la novela *Acomodaticio*. Relatando los éxitos políticos del licenciado Antonio González, López y Fuentes logra indicarnos algunos defectos del sistema del gobierno en México, defectos que pueden atribuirse a la falta de tradiciones democráticas del país, pero defectos que poco a poco van desapareciendo, lo que constituye otro paso en la realización de los ideales de la Revolución.

La novela empieza con las primeras discusiones políticas en una lechería entre el licenciado Antonio González (*Acomodaticio*), el general Donaciano Martínez y Horacio Gamboa. *Acomodaticio* consigue bastante dinero para abrir un nuevo local en el centro para el partido. En la primera junta, los pepenadores se unen al partido, mezclándose con:

"Todos aquellos individuos que frecuentaban el antiguo centro de reunión, gente sin trabajo o con un empleo para mal comer y que miran en la política el camino fácil para salir de las malas situaciones".⁸

Con la incorporación de los pepenadores en el partido, se afecta la unión entre la clase media y el pueblo, resultando el "Frente Unico Legalista de la Reivindicación Popular y de la Clase Media". Una jira de *Acomodaticio* y Horacio Gamboa por los estados les proporciona bastante tiempo para hacerse conocer, y para que el general se deshaga con sus maniobras ingenuas. Después de leer el general la convocatoria del partido a unos amigos, advierte alguien que parece que el partido está con los campesinos, los obreros, los católicos; en fin, con

⁸ Gregorio López y Fuentes, *Acomodaticio*, Ediciones Botas, México 1943, p. 73.

todos. Entonces contesta el General con una "perla" de la filosofía de las convocatorias políticas:

"...Nosotros no estamos con nadie, pero todos están con nosotros".

Llega la convención y Acomodaticio comienza a cosechar los frutos de sus esfuerzos iniciales. Presenta a la convención un político profesional, Salvador Moreno. Cuando el General se levanta en oposición, lo echan para afuera, y luego lo "corren" del trabajo. Después de persuadir a la convención de que apoye la candidatura de un amigo de Salvador Moreno, Acomodaticio se pone a subir más rápidamente. Por su don de hacer oraciones y chascarrillos, y de decir la cosa propia en el momento propio, se hace muy popular con el candidato. Por consiguiente, Salvador Moreno, eslabón entre Acomodaticio y el candidato, tiene temores del éxito de aquél, y hace sus proyectos para detenerlo con su pistolero, "Mano de Tigre". Acercándose las elecciones, las pasiones suben, y descubierto el plan de asesinar a Acomodaticio, encuentran al mismo "Mano de Tigre" asesinado en una cantina. Luego, Pepe López, ex-estudiante de la clase media y amigo del General, es asesinado frente a la oficina de Acomodaticio. Sobre todo, en relación con el asesinato de Pepe López, protesta el autor contra la brutalidad de las campañas políticas. Pepe no tenía mucho interés en la política, ni tenía ambiciones. Se hizo amigo del General, y luego se enamoró de su hija Lucía. Sin embargo, para asustar un poco al General, o para echar la culpa a Acomodaticio, asesinan a un joven completamente inocente. Después de unas cuantas lágrimas, los muertos son olvidados, y en el mes decisivo de febrero viene la noticia de que:

"Las elecciones no ofrecieron nada de particular: hubo muertos, heridos, protestas, amenazas..."

Inmediatamente siguen las declaraciones de levantarse en armas de parte de los candidatos vencidos. Sobre todo, es esta falta de respeto por el mandato del pueblo lo que lamenta el novelista. Parece estar diciendo:

"¿Por qué nos molestamos tanto en campañas políticas si después de las elecciones, no respetamos los resultados?"

Claro está que después de las elecciones, el partido victorioso reparte el "botín", y Acomodaticio queda sumamente acomodado.

Muchos de los detalles deplorables del ascenso político de Acomodaticio pueden aplicarse a políticos por todo el mundo. Sin embargo, Gregorio López y Fuentes, en su exposición de estos detalles, está expresando su desilusión con un aspecto de las consecuencias de la Revolución Mexicana, desilusión que queda por quitarse.

Que cree López y Fuentes en los ideales de la Revolución, no cabe duda. Pero, en los resultados, ve otro fracaso en el intento de establecer una vida justa y tranquila en México. Quizá sea el autor un poco riguroso en su juicio. Hay que darse cuenta de que políticamente, México es un país nuevo, y antes de lograr sus ideales, tiene que pasar por unos períodos de transición, necesariamente turbulentos. En un sentido simbólico, el novelista está quejándose de la inhabilidad de la civilización, a pesar de todo su progreso material, de realizar la felicidad del hombre. Desilusionado con la civilización y su creación: la ciudad, López y Fuentes busca el consuelo en el campo, y sobre todo, en la bondad sencilla de sus habitantes.

III

Costumbrista del Campo

Nacido en una hacienda en el centro de la Huasteca veracruzana, una de las regiones más ricas en la exuberancia de su vegetación, Gregorio López y Fuentes nunca ha perdido su amor por el campo, el campo que tan bien conoce. Como novelista, su preocupación principal siempre ha sido la exposición de los problemas políticos, económicos y sociales de su país. Sin embargo, en todas sus novelas se infiltra el amor por el campo, por sus leyendas, y por sus habitantes.

La naturaleza constituye una belleza para López y Fuentes; pero una belleza siempre relacionada con el hombre. Sus descripciones de paisajes tienen un punto de contacto con el hilo de la novela, por poco que sea. Una de las vistas más vívidas de todo lo escrito por el autor; tanto por su posición en el libro, cuanto por su belleza, casi religiosa en su sencillez, es la impresión de la casucha en los cerros que sigue al capítulo de *Campamento* que describe la amputación de la pierna de un soldado. Viniendo después de un capítulo de un realismo tan cruel, que nos hace estremecer, la vista de la luz a lo lejos causa un contraste inolvidable.

“Entenebrecido el cielo y hecha la obscuridad en el campamento, una luz prendida a la falda de una serranía distante parece una estrella que se olvidó de ocultarse”.⁹

No contento con la mera observación de la luz, el autor no puede esconder su envidia de los habitantes de la casucha retirados de la civilización, y donde “sin duda, no hay inquietudes”. Si han oído ha-

⁹ Gregorio López y Fuentes, *Campamento*, Espasa-Calpe, Madrid 1931, p. 138.

blar de la Revolución, no la dejan destruir la tranquilidad de su hogar. Viviendo independientes, lejos de la civilización, pueden gozar de la belleza de la naturaleza. En cambio, para los peones de la hacienda de don Bernardo, en *Tierra*, la naturaleza constituye un obstáculo que aumenta la dificultad de su trabajo.

La selva, una de las expresiones más grandiosas de la naturaleza, y tan bien conocida por los peones de la hacienda, es un estorbo para don Bernardo. Para poner cerca a sus terrenos recién adquiridos, manda a la peonada con rollos de alambre. En la presentación de la lucha entre la civilización representada por el alambre y la naturaleza representada por la selva, López y Fuentes contrasta muy bien el esplendor de la selva, cuya exuberancia desenfrenada se debe solamente al plan de la naturaleza, con la cerca construída por la civilización que desconoce todo obstáculo.

“Y la cerca, el nuevo lindero de los nuevos terrenos del amo comienza a cortar la selva, siempre en línea recta”.

En *Mi General*, López y Fuentes muestra su conocimiento profundo de los secretos de la naturaleza, del cual depende muchas veces la vida o la muerte de un hombre. “Mi General”, después de escaparse de la ciudad, anda vagando por los montes en busca de su viejo rancho. Su alimentación consiste en frutas, hierbas, raíces y plantas comestibles. Encuentra la vainilla doble que desde luego reconoce como el antídoto contra la mordedura de la víbora. Temblando de frío después de un aguacero, descubre el “tónico sabrosísimo”, el zacatelimón. Se sirve de la hierba mora para los pies hinchados; la hierba dulce para el dolor de estómago; el huaco para el paludismo; y la hierba de zorrillo para el insomnio. A no tener estos conocimientos tan valiosos, “Mi General” sabe qué suerte le acaecería. Por todos los montes no se deja de oír el vuelo de los zopilotes, pájaros infames: cobardes frente a los vivos, pero atrevidos desvergonzados frente a los cadáveres. Como si no supiera “Mi General” la capacidad de estas rapiñas, el autor lo hace interrumpir un festín de ellas. Dejan a su víctima que ya iba perdiendo los caracteres genéricos que distinguían su especie.

“No era una res. Era un hombre. Apenas si le habían sacado los ojos y le habían vaciado el vientre”.

Otro capítulo entre las obras de López y Fuentes muy semejante al capítulo susodicho de *Campamento*, se encuentra en su novela *Huasteca*. El capítulo "Válvulas Cerradas" forma un oasis tranquilo en la novela para hacer el contraste con el capítulo que le precede y el que le sigue; los dos, describiendo la vida escandalosa de los trabajadores en la ciudad, vida viciosa que es producto del crecimiento rapidísimo de ciudades alrededor de los pozos de petróleo. Como en *Campamento* se ve una luz a lo lejos en el monte, en *Huasteca* se percibe la luz, no tan lejos, pero medio escondida por la vegetación. El ambiente nocturno incita la imaginación del autor y completa el cuadro invisible del cual brilla la luz.

"A través de la breña se veía una luz, algo así como el ojo de un muerto —tan opaca era— brillando en la sombra: el ocote con que tal vez una familia retardaba el sueño, espantando de paso el horror a la soledad en mitad de un monte".¹⁰

Después de una larga plática con el manco, cuidador de la válvula, el autor termina el capítulo con una escena muy semejante en su ambiente poético y misterioso a aquélla final en *Tierra*, ya citada. Para el novelista, uno de los grandes atractivos de la naturaleza consiste en su tranquilidad, su soledad, y su misterio. Logra captar este ambiente muy bien por el uso abundante del sonido silbante.

"En silencio arreglaron sus escasos enseres de cama y, fumando otro cigarro, sin palabras se decían su pensar, más hondo mientras más elocuente son la soledad, el misterio, lo desconocido. Por mucho tiempo, los ojos, inútilmente abiertos, exploraron la noche . . ." ¹¹

Si estamos hablando de López y Fuentes como pintor del campo y del campesino, no podemos menos de mencionar su afición a las leyendas o cuentos simbólicos, que ocupan un lugar tan importante en la cultura del campesino. Entre las leyendas siempre se destacan aquéllas que tienen un aspecto religioso. El pueblo inculto está muy dado a explicaciones religiosas por cosas cuyo origen desconocen. Al relatar los cuentos religiosos, Gregorio López y Fuentes muestra, no sólo su

¹⁰ Gregorio López y Fuentes, *Huasteca*, p. 134.

¹¹ *Ibid.* p. 143.

conocimiento del folklore del pueblo, sino también de la Biblia. Habiendo leído la Biblia tantas veces, se da permiso a menudo de burlarse afablemente de las creencias sencillas del pueblo en los milagros de los santos. En uno de los cuentos que se halla en *Campamento*, López y Fuentes no pierde la oportunidad de añadir a su burla afable, su gran odio por los curas que engañan a los campesinos. Durante una gran sequía en la cual iban perdiéndose las cosechas, no había medio que no se hubiera consultado para producir lluvia.

“Vaya, que hasta había sido llamado el cura para bendecir las matas. Y aunque el cura se llevó dos talegas llenas, el cielo siguió hecho una hoguera”.¹²

Después del fracaso del cura, los campesinos creyentes le pidieron uno de los santos para llevarlo a los campos a ver su condición. Poco después de una procesión por los terrenos sembrados con el Señor llevado en andas, comenzó a caer la lluvia; “pero fue tal el exceso en el pedir y en el dar”, que a la mañana siguiente, todos los campos estaban completamente destrozados. El humorismo del pueblo, tan bien captado por López y Fuentes, lo dirigió otra vez al cura a pedirle la Virgen. Cuando el cura se mostró sorprendido por la petición, los campesinos le dijeron:

“Queremos llevar a la Virgen para que vea los destrozos que nos causó su Santísimo Hijo...”

En su descripción en *Mi General* de los “pájaros montaraces que son como la policía de la selva”, López y Fuentes nos relata el origen de su misión, según los cuentos del campo. Dice la leyenda que huyendo con su niño, la Virgen María fue denunciada por el pájaro. Es decir que el pájaro fue alborotado por la primera vista de un ser humano e hizo un gran escándalo. La Virgen, asustada e indignada, “lanzó al ave la sentencia de que su misión sería la denuncia”. Aquí el autor nos presenta un ejemplo de la imaginación del pueblo para explicar un fenómeno de la naturaleza que les parece hecho a propósito.

En *Huasteca*, una mujer, guardando el cadáver de su esposo y bañando las moças, recuerda la leyenda de Jesús y la mosca verde.

¹² Gregorio López y Fuentes, *Campamento*, p. 190.

No sólo se trata de leyendas de acontecimientos bíblicos, sino también prehistóricos. A causa del descubrimiento de petróleo en sus terrenos, los peones sufren muchas desgracias. Para explicarlas, relatan el cuento de los gigantes soberbios cuya sangre se cambió en petróleo y la carne en chapopote. Es la ignorancia del pueblo que crea estas leyendas. Sin embargo, aparte de su interés folklórico, López y Fuentes nos hace ver que los cuentos pueden ser inventados, pero que el resultado es muy real. Los "gigantes con sus espíritus todavía inflamados de soberbia, son los que aconsejan y causan tantos males . . ."

Como Dios intervino para castigar la soberbia de los gigantes en *Huasteca*, también intervino en el cuento del "Estero Encarnado" en *Tierra*, para castigar la avaricia del hombre que quería adquirir todo el valle, no por necesidad, sino para que no lo tuvieran los otros. Esta leyenda puede considerarse como el símbolo de la avaricia del hombre por todo el mundo.

Mientras que en *Campamento*, *Tierra* y *Huasteca*, el costumbrista está subordinado al novelista de tesis, la novela en que se entrega absolutamente a su deleite en pintar el campo y las costumbres de sus habitantes, se llama *Arrieros*. ¡Con qué amor evoca el autor los recuerdos de su tierra, *Huasteca*! A principios del libro, yendo a descubrir a su viejo amigo, el Refranero, sale de una neblina y contempla el panorama huasteco.

"De pronto la neblina se fue haciendo más delgada, hasta que por fin salí a un amanecer, al sol, al cielo despejado. Allá abajo se me presentaron los montes verdosos de la *Huasteca*".¹³

Después de la primera impresión general, el autor nos ofrece una descripción detallada de un paisaje de *Huasteca* con su camino fresco, los campos de pasto, "las cañas secas de milpas cosechadas hacía poco", y una variedad de pájaros que vuelan desde los montes hasta tierra caliente. López y Fuentes no cabe en sí de gozo al recordar los caminos que de joven atravesaba, y exclama:

¹³ Gregorio López y Fuentes, *Arrieros*, Ediciones Botas, México, 1937, p. 11.

“Plena Huasteca: lo mismo la veracruzana, que la hidalguense y que la potosina: la misma topografía, la misma flora, la misma fauna, las mismas costumbres”.¹⁴

Sobre todo en las costumbres se interesa el autor. Para él, la naturaleza sólo sirve de fondo por las acciones del hombre. En sí misma tiene menos interés que cuando va relacionada con el hombre. ¡Qué serena y sencilla es la escena doméstica presenciada por el autor en una de las casuchas encontradas en el camino!

“Fuimos a la otra casucha. Olía a tortillas de maíz nuevo y a café aguado. Otro perro nos recibió ladrando. Fue una mujer quien desde la puerta acallaba al animal. A la luz de un ocote, junto a la lumbre, cenaban un hombre y dos muchachos. Aquél, sin levantarse, nos invitó a pasar. La mujer nos dió bancos de madera. En torno de nosotros veíamos todo lo que era la casa: una cama de carrizos, la recámara; unos tenamaxtles negros, un comal, unas ollas y un metate, la cocina; los bancos, junto a la lumbre, el comedor; en un tapanco de tres metros cúbicos, la despensa; de un ángulo pendían cobijas y ropa de manta; en otro ángulo colgaban un machete y una escopeta; debajo de la cama salían quejumbres de gatos recién nacidos y por otro lado se oía a una gallina decir ternezas a los pollos que apenas estaban picando el cascarón.

Tanto la mujer como los enseres, denotaban limpieza. Las tortillas eran de maíz negro. El chile que los muchachos sopeaban en sus platos, era de un verde tierno. El hombre cuchareó por última vez con un pedazo de tortilla en el plato que sostenía sobre las rótulas y se levantó masticando con la boca bien llena. De un guaje de cuello alargado, bebió cara al techo”.¹⁵

En este pasaje se nota la simpatía del autor por la humildad, la bondad, la limpieza, y la generosidad de los habitantes de la casucha, a pesar de su pobreza; o según el autor, a causa de ella. Para López y Fuentes, la civilización, con sus riquezas, ejerce una influencia corruptora sobre la gente, lo cual veremos muy claramente en su novela, *Huasteca*.

En el viaje pesado del Refranero acompañado del autor por los montes de Huasteca, nunca falta quien les invite a comer. En otra

¹⁴ Ibid., p. 145.

¹⁵ Op. cit. pp. 125-126.

casucha semejante a aquélla ya descrita, pasan los dos caminantes el Día de los Muertos. Además de proporcionar al autor la oportunidad de revelarnos la manera de celebrar la fiesta en su tierra, le da otra ocasión de burlarse con tolerancia de la fe religiosa de la gente pobre e inculta. Con unas cuantas frases nos describe cómo la mesa está instalada junto al altar, con las ceras y flores, y los platos favoritos de los difuntos. Es que existe la creencia de que un día por año, el Día de los Muertos, los espíritus de los difuntos pueden regresar a sus hogares. Para hacer su visita anual lo más agradable posible, los sobrevivientes se exceden en la preparación de la comida. López y Fuentes, un poco travieso, con su crítica eterna de las supersticiones populares, no puede menos que hacer las observaciones siguientes.

“Como los espíritus se conforman tan sólo con el olor que despiden las ofrendas, son los vivos los que consumen el resto.

.....
Comenzamos con unas tazas de chocolate que los difuntos familiares habían dejado intactas”.¹⁶

Capaz de impresionar a sus lectores con el ambiente triste y solemne de la casa de la viuda, no menos capaz es el autor de describir la algarabía de la feria huasteca. Con su “cámara” penetrante, logra retratar a todos los presentes: vaqueros, arrieros, rancheros, lazadores, tahures, y prostitutas. Nos hace presenciar las escenas tan vivas de las transacciones con ganado, las apuestas provocadas por las copas, los pleitos, la destreza con la reata de los lazadores, los anuncios del hombre que luchaba con un león y los trucos del tallador. En toda la confusión de la feria, ni por un instante pierde el novelista su tendencia de simpatizar con los proscritos de la sociedad. En este capítulo, el bandido, sujeto constantemente a la fuga, a causa del rapto de una muchacha, es quien recibe la compasión de López y Fuentes expresada con el refrán consolador.

“—¡No hay mal que por mujer no venga!”

Otra reunión menos desordenada de los habitantes de los ranchos se nos presenta en el día de plaza en un pueblo huasteco. ¡Qué

¹⁶ Op. cit. p. 22.

escena más típica que la plazoleta llena de indígenas ofreciendo sus mercancías a la venta popular! Improvisan mostradores con catres y mantas, o exhiben su maíz, pescado, chile, y frijoles en el mero suelo. Entre la descripción de la compra y venta de los artículos que satisfacen las necesidades fundamentales de los indios, no falta el incidente revelador de las injusticias sufridas por éstos. Uno de los hombres prominentes del pueblo, bien borracho, por poco comienza un pleito con uno de los vendedores. Luego que se va, aparece un policía arrastrando a un indio borracho para llevarlo a la cárcel, a pesar de que no está causando ninguna molestia a nadie. El autor indignado, y refiriéndose al prominente, pregunta al policía:

“—¿Y a ése, por qué no se lo llevan también?

—¿Hombre, qué no ve que es del pueblo y, además que es persona decente?

—Pero está borracho . . .

El policía se rascó una oreja sin saber qué responder y siguió hacia la cárcel, arrastrando al indio”.¹⁷

Después de hablar de las costumbres pintadas en *Arrieros*, sólo es justo hablar del héroe de la novela, el prototipo del arriero; el Refranero. Por medio del viaje del Refranero, llegamos a conocer muy bien la vida de los arrieros. Por todas las inclemencias del tiempo, siguen arreando a sus hatajos. Sea en los aguaceros, en las lluvias torrenciales, o bajo el ardiente sol; sea en la subida de los escabrosos montes o en el vado peligroso de los ríos crecidos, nunca se deja de oír el grito familiar de “¡Arre!” En el camino, comen los arrieros en mesones, o en casuchas de personas hospitalarias. Su alimentación ordinaria consiste en huevos rancheros, tortillas, frijoles, chile, piloncillo, café o chocolate, y sus “copitas”. Entre los arrieros existe un gran espíritu de compañerismo. El Refranero siempre pregunta por la salud de los otros. Encontrándose con el desventurado Blas, lo ayuda en su intento de recobrar su mula que se rodó del camino. Reconociendo la imposibilidad de rescatarla, el Refranero aconseja al viejo Blas matarla. Cuando éste, por su amor del animal, no puede apretar el gatillo de la pistola, el Refranero pone fin al sufrimiento de la mu-

¹⁷ Op. cit. p. 112.

la, que tenía el espinazo roto. Como todos sus compañeros, el Refranero está obligado a saber curar las enfermedades de los hombres y de los animales, sin el uso de todos los instrumentos de los médicos citadinos. Mostrando el valor de la experiencia, acude a la petición de sus compañeros, y con martillo, tenaza y cuchillo, quita un hueso de pus de una pata de la mula. Constantemente caminando, expuesto a los caprichos de la suerte, el Refranero tiene un profundo respeto por Dios. Durante una tormenta, al caer un relámpago, se persigna y se encomienda a Dios. El autor se admira de la mezcla de rezos a Dios y palabras groseras a las mulas, que salen de la boca del Refranero. Claro está que para él, la religión no consiste en aprender de memoria algunas frases en latín, de lo cual saca el novelista la conclusión de que la religión consiste más en la intención que en la forma.

A pesar de la manera graciosa en que el autor trata la vida del protagonista, se percibe muy bien que es una vida dura. Por todo el libro lo vemos con su sombrero y huaraches, cargar y descargar, comprar y vender, y . . . arrear. Después de tantos años de trabajo de arriero, el Refranero está tan acostumbrado a las dificultades que no puede abandonarlas. Sigue andando y nunca se cansa. Después de tanto tiempo de andar arreando, aún se parece a las mulas taciturnas, quienes se alegran a cada lugar donde se detienen. El Refranero, en la compañía de otros, no sólo se alegra sino también se pone muy hablador. Su retrato sería incompleto sin una discusión de los refranes que desempeñan un papel tan importante en su plática. Como él mismo dice:

“No hay arriero que no tenga algo de embustero y mucho de refranero”.

Un refrán es un dicho sentencioso que expresa con gracia una idea tan verdadera, que se ha conservado en el habla del pueblo. El Refranero, por el carácter de su trabajo, ha logrado acumular un montón de refranes que sabe emplear en el momento propio.

Algunos de los refranes reflejan su fe en Dios. Al ver cometer una mala acción, dice:

“No hay quien escupa para arriba y a la cara no le caiga”.

Es decir, que quien actúa contra las leyes de la naturaleza, y por consiguiente contra las leyes de Dios, ha de sufrir el castigo.

Un refrán que expresa la noción de que no se puede hacer nada contra la voluntad de Dios, y que una vez que Dios manda una cosa, ha de cumplirse, dice:

“A quien Dios le ha de dar, por la ventana le ha de entrar”.

Puesto que los refranes expresan ideas verdaderas, muchos de los refranes citados por el Refranero son universales en su sentido. Claro está que el Refranero les da sus propias modificaciones.

“Ya veremos si, como roncas, duermes”.

Otra forma, quizás más común, de esta sentencia es:

“Del dicho al hecho hay gran trecho”.

Por todo el mundo se reconoce el valor del dinero con:

“Con dinero baila el perro”.

¡Qué cierto es el refrán que dice!

“Sólo quien carga el costal sabe lo que lleva adentro”.

Otro refrán universal que vulgariza el Refranero es:

“Cada quien tiene su modo de matar pulgas”.

¡Cuántas formas tiene el refrán que sigue, y en cuántos idiomas se sabe!

“En la cárcel y en la cama se conoce a los amigos”.

Dichos más personales que se encuentran en *Arrieros* son:

“No hay hatajo sin trabajo”; con el cual el Refranero se consuela por las dificultades en arrear a su recua.

El refrán “En ninguna parte falta Dios y uno de Tianguistengo” nos avisa de la ubicuidad de los arrieros.

Después de comer mucho en la casa de la viuda, comenta:

“Estoy como las mulas hobachonas; pidiendo que me aflojen la cinta”.

La abundancia de los refranes aumenta mucho el interés en el libro. No teniendo ninguna trama, se sostiene por la gracia de los refranes que revelan el genio del Refranero y el buen juicio del pueblo. Hay que elogiar también al autor por su conocimiento de tantas "perlas de sabiduría".

Aunque esencialmente es un libro de costumbres, *Arrieros* también expresa un problema social. A pesar del espíritu ingenioso y gracioso del libro, tiene un fondo serio y aun trágico. El prólogo nos dice que la época de los arrieros está para acabarse. Poco a poco, las carreteras están callando los "¡Arre!". *Arrieros*, podemos decir, es el relato del último viaje del Refranero. Sin su trabajo, ya es tarde para buscar otro empleo, de manera que su única alternativa es quedarse en casa "sólo a echar gallinas".

En este capítulo hemos hablado de López y Fuentes como pintor del campo, del campesino, y de sus costumbres. Al cerrar más el diafragma del lente, el "fotógrafo" define más estrechamente su campo de observación, enfocando su cámara exclusivamente en el indio mexicano.

Muchas de las viejas costumbres de los indios se encuentran retratadas en *Los Peregrinos Inmóviles*. En el tratamiento simbólico de las peregrinaciones, el autor nos hace ver sobre todo las supersticiones de los indios. Su fe en el curandero refleja su temor de lo desconocido. Se entregan a su "sabiduría" porque desconocen la medicina moderna. Cuando el curandero no puede curar al niño de Cirilo, todos acuden al sabio Marcos. Este, después de enterarse del caso, cura el "Tlazol", haciendo que todos los habitantes del pueblo brinquen por encima del niño enfermo. Todas las curas no son tan mágicas. A veces, el uso de hierbas medicinales sirve igual que medicinas que se hacen de las mismas hierbas. De este modo, se cura la sarna por una hierba que les da un viejo de uno de los caseríos por donde pasan. Por todas sus peregrinaciones se nota la confianza de los indios en los agüeros, sean buenos o malos. Así, después de ver un árbol caído, saben que no tardarán las divisiones entre sus filas.

La boda de Lupe y José está repleta de costumbres indígenas. Muy interesantes son las ceremonias del coconete y de la jícara.

Aquél es el baile del novio con el fetiche, un muñeco de hojas que representa al Dios de la Natalidad, en el cual José advierte a Lupe que tiene que darle muchos hijos. La ceremonia de la jícara constituye un homenaje público a los padres de la novia por haberla guardado pura. Entre estas costumbres tradicionales aparece una nota perturbante. Es que, en medio de la ceremonia completamente indígena, se encuentran algunos turistas sacando fotografías de "lo típico" y pidiendo una Revolución. En esta escena nos damos cuenta de que la vida aislada del indio ya no es posible. Todos los nuevos medios de comunicación, indicios del progreso de la sociedad, ha imposibilitado la continuación del atraso tranquilo de los pueblos apartados.

Mientras que en *Arrieros* la carretera, que es un reflejo del progreso de la civilización, acaba con la necesidad de recuas de mulas, inicia otro período en la historia del indio mexicano. Con el progreso, la sociedad ya no puede pasar por alto los problemas de sus "hermanos sufridos". Vamos a echar una ojeada al tratamiento que da Gregorio López y Fuentes a uno de los problemas más palpitantes de la vida mexicana.

Si en *Los Peregrinos Inmóviles*, nos ha comunicado una impresión simbólica y panorámica de la historia de los indios, en *El Indio*, la impresión está pegada a la realidad con todos sus detalles.

IV

El Problema Indio

El Indio, novela que ganó para Gregorio López y Fuentes el premio nacional de literatura de 1935, representa para el autor la fusión perfecta en una obra de la novela costumbrista con la novela de tesis social. Ya hemos considerado a López y Fuentes como costumbrista del campo y como novelista de la Revolución. Uno de los problemas que ha surgido con más insistencia a partir de ella, consiste en la "incorporación del indio en la vida mexicana". Por toda su vida el autor ha abogado por el indígena mexicano. En casi todas sus obras se nota su preocupación por la suerte de sus "hermanos sufridos".

Antes de considerar en detalle *El Indio*, vamos a dar un vistazo a sus otras novelas que revelan esta misma preocupación.

En algunos de sus libros, solamente unos párrafos bastan para indicar la consternación del autor, al contemplar las condiciones a las cuales han bajado los descendientes de los constructores de las grandes civilizaciones precortesianas. En *Campamento*, un indio, sirviendo de guía para los revolucionarios, caminó derecho todo un día seguido de los caballos a trote largo. Por "diversión", uno de los revolucionarios hizo que el caballo bien herrado reventara los talones al indio. Después de llegar al campamento, éste, agotado, se sienta aparte de la hoguera, tose, escupe sangre, y muere, mientras que el cabecilla está diciendo que están luchando en la Revolución "para bien de los indios, de los humildes". El autor no puede contener su ira, y hablando por boca del agitador del campamento, hace un discurso conmovedor en pro de los indios.

En cuanto a los que participan activamente en la guerra, se nota su actitud resignada y fatalista; sobre todo en el dicho de los yaquis:

"Las balas son disparadas por los hombres, pero repartidas por Dios".

En elogio de su valor militar, tenemos las palabras de "Mi General":

"Casi todos ellos prefirieron la infantería. Fueron muy valiosos auxiliares, pues resisten como un caballo, saben mejor que nadie de los secretos del monte y el sostenimiento de cada uno de ellos cuesta menos que el de un pájaro".¹⁸

En *Arrieros*, se encuentran dos descripciones llenas de compasión por el indio. Nos presenta el autor a un indígena corredor, semejante a los que, hacía siglos, llevaban pescado a los emperadores aztecas. También vemos una "recua" de seis otomíes, que pasan la vida caminando, siempre cargados con fardos tremendos.

"Así van, desde la altiplanicie, por la sierra, hasta los climas cálidos, como en una añoranza de las viejas peregrinaciones".¹⁹

Esta frase de *Arrieros* sirve de introducción a la discusión de otra novela de López y Fuentes. Se trata de *Los Peregrinos Inmóviles*, novela simbólica en que se presentan la historia y la suerte del indio mexicano: siempre estar en marcha buscando su tierra sin encontrarla nunca. Comienza el libro con la descripción del típico pueblo mexicano, "el corazón del mundo". El pueblo sirve de símbolo para todos los pueblos mexicanos donde predominan o predominaban los indígenas. Después de una discusión de la "pureza" de sangre de los habitantes, surge un pleito entre dos de las familias principales. Para resolverlo, acuden todos a la sabiduría del anciano Marcos. Este, despertado a la actualidad, se queja de la falta de juicio de su gente. Les advierte que, además, ya no son indios, que son gente civilizada. De todos modos, deben mirarse como iguales porque . . . "no hay razas puras" . . . Alguien pregunta a Marcos su edad, y luego la memoria empieza a iluminarse de recuerdos, y de esta manera retrospectiva, se nos relata la historia de las peregrinaciones del pueblo.

Después de vagar por muchos años, fundan la población que conocemos con el nombre de "corazón del mundo". Hacen una fiesta,

¹⁸ Gregorio López y Fuentes, *Mi General*, p. 50.

¹⁹ Gregorio López y Fuentes, *Arrieros*, p. 68.

pero el autor, siempre pesimista, nos avisa que no es el fin de la peregrinación. Tiene lugar la fiesta "donde la asamblea se hizo la ilusión de haber hallado su hogar". Esta sola palabra, "ilusión", mantiene nuestra curiosidad, mientras que el autor nos lleva de vuelta al pueblo donde Marcos comenzó a evocar sus recuerdos.

Durante toda la fiesta en honor del casamiento de la hija de Antonio con José, hombre blanco del pueblo de "allá abajo", quedamos pensando en la insinuación del novelista. En medio de la boda llegan cincuenta hombres de "allá abajo" pidiendo el regreso a su pueblo de su compañero, José. Después de una larga discusión, acaban por apaciguarse las pasiones, y los intrusos aceptan la invitación a la boda; pero sólo a condición de que no suene la campana mientras que ellos estén presentes. La campana fue la causa original de la hostilidad entre los dos pueblos, y cada vez que los de "allá abajo" la oyen repicar, se enfurecen. Nuestras sospechas levantadas por la palabra "ilusión" se realizan en la última frase del libro:

"En esos momentos comenzó a sonar la campana . . ."

Con eso sabemos que todavía no está muerta "la serpiente del odio" que sigue al pueblo desde hace siglos. Sabemos que habrá otra riña, otros muertos, y otra huida; pero también sabemos que, a pesar de todo, los peregrinos seguirán inmóviles en su marcha eterna en busca de la paz.

En esta novela vemos en el autor la combinación del pesimismo con la fe en la supervivencia del indio mexicano. Su fe está reflejada en la resistencia sobrehumana de los indios a todos los obstáculos. No es una resistencia agresiva, sino resignada. La aceptación estoica del indio de cuanto pueda ofrecerle la suerte, y su voluntad inquebrantable en no rendirse, es lo que asegura su supervivencia. López y Fuentes, siempre con su afición por lo simbólico, compara la resistencia del indio con los arbustos:

"Pensaba en que nuestra raza era como algunos de los arbustos que tenía a la vista; esas plantas que sobreviven a pesar de todas las mutilaciones y que, hasta la rama sembrada de punta, echa raíz"

ces y vuelve al cielo sus renuevos que, de acuerdo con su nueva colocación, deberían apuntar hacia la tierra".²⁰

No obstante su fe en la supervivencia del indio, el novelista se encuentra incapaz de ofrecer una solución al problema actual de incorporar al indio en la sociedad mexicana, y no logra ver el fin de las peregrinaciones.

El Indio, novela que más ha contribuido a su reputación, refleja la incertidumbre de López y Fuentes en cuanto a la manera de restaurar la confianza del indio en sus "hermanos" blancos. Además, es una presentación fiel de las costumbres que distinguen a los indios de los demás.

Más que una novela, *El Indio* es un estudio sociológico de un pueblo. El pretexto de la trama, que consiste en la busca de oro por tres blancos, es lo menos importante del libro. En una serie de cuadros admirablemente pintados, se nos da una idea clara de la vida de un pueblo indígena con todas sus tradiciones y supersticiones, sus prejuicios contra los blancos, y sus vanos intentos de resolver el problema. En este estudio, se nos ofrece una presentación, no una idealización, de la sociedad del pueblo oprimido, cuyo espíritu, —y aquí se encuentra uno de los grandes aciertos del libro— puede aplicarse a pueblos oprimidos por todas las partes del mundo.

A principios de su estudio, el autor, como buen sociólogo, nos explica el origen del pueblo. Los abuelos de la tribu eran muy poderosos en el valle, pero por temor de los blancos perseguidores, huyeron a los cerros, que les han ofrecido más protección. Mencionando la huida de los indios, vemos que López y Fuentes ya estaba pensando en la producción de una novela que relatará las huídas o las peregrinaciones de los indios; lo que realizó en 1944 con *Los Peregrinos Inmóviles*.

La impresión general del pueblo al anochecer es triste. A la puerta de las casas, apenas se distinguen bultos grises. Se oye el

²⁰ Gregorio López y Fuentes, *Los Peregrinos Inmóviles*, Ediciones Botas, México 1944, p. 154.

aplauso monótono de las tortilleras y el llanto de los niños. Para aumentar el efecto sombrío del cuadro, nos hace ver el autor "el vuelo curvilíneo de los murciélagos" y oír "el ladrar del perro milpero".

El "sociólogo", inspeccionando con detenimiento la pobreza de la tribu, entra en algunas casas, y no encuentra más que la miseria. Cuando muestra sorpresa por el tamaño excesivo de la familia, considerado el estado económico del pueblo, un indígena le ofrece una contestación posible:

"Sí, muchos hijos... Es que el ocote o la vela se acaba muy temprano y, ya en la obscuridad, ¿qué hemos de hacer nosotros los pobres?"²¹

En la respuesta ingenua del indio, se revela la sumisión completa a la suerte, tan característica del indio mexicano. En algunos pasajes, el autor la pinta como laudable, pero en general, esta actitud impide la marcha del progreso entre la tribu.

¿Cómo se ganan la vida estos indios? Siempre una gran consideración del sociólogo es la investigación de las condiciones bajo las cuales trabajan los sujetos del estudio. La mayor parte de la población trabaja de semaneros en las haciendas un poco retiradas del pueblo. Por eso, se levantan temprano, desayunan violentamente, y llevan sus alimentos de mediodía: tortillas con sal y picante. Trabajando constantemente desde la salida hasta la puesta del sol, los indios otra vez provocan nuestra admiración por su resistencia, a pesar de un alimento inadecuado. Arrancando hierbas en medio de los surcos del maíz, los indios, agachados y quemados bajo el sol, casi ya no se distinguen como seres humanos. Como los cargadores presentados en *Arrieros*, los indios parecen estar cargando el fardo de la civilización en la espalda. En tiempo de las cosechas, para recoger los frutos de la labor, aún las mujeres del pueblo ayudan. Las vemos regresar "encorvadas bajo el peso de la carga y del hijo".

Los que jornalean en la siembra reciben por su trabajo duro unos centavos diarios y un trago de aguardiente. Como en *Tierra*,

²¹ Gregorio López y Fuentes, *El Indio*, Ediciones Botas, México, 1935, p. 17.

López y Fuentes echa la culpa a los amos de haber introducido y fomentado el vicio de la embriaguez entre los indígenas. Desde el punto de vista de los amos, el alcohol sirve para satisfacer la necesidad inmediata de los indios por un estimulante, y además, sirve para debilitar su voluntad en el transcurso del tiempo.

Los que trabajan en la molienda se contratan por semanas. Ya hemos visto en *Tierra* el peligro del trapiche. Por el riesgo reciben un sueldo, contra el cual el novelista no puede menos de protestar con vigor.

“Y al final de la semana, una liquidación que no alcanza ni para la manta con que la mujer haga calzones y camisas a los muchachos, si es que el trabajo no fue en solvencia de una vieja deuda. Siempre la misma desproporción entre el salario y las necesidades: ¡un señuelo que no se alcanza nunca!”²²

Esta situación que acabamos de describir es la mejor posible bajo el sistema, porque hay ocasiones en que se pierden las cosechas; y entonces, no hay ningún trabajo para los indígenas. Aquí vemos, aun más que en *Tierra*, la impotencia desesperada de los peones frente al amo de la hacienda.

No sólo en la hacienda, sino también en la pesca y la caza, los indios se ven impotentes frente a los blancos. Un domingo, veinte familias desfilan por las veredas bajando al río para pescar. Emplean los mismos instrumentos que empleaban los progenitores de la raza hace siglos, antes de las peregrinaciones forzadas. Después de darse cuenta de una tabla del gobierno, prohibiendo la pesca con dinamita, los indios la inician de su propio modo crudo. Como en muchos pueblos primitivos, todos participan y todos comparten los premios de sus labores, según su contribución y según sus necesidades. ¡Qué acentuada es la desesperación de los indios cuando llegan los blancos y voltean la tabla, que ahora dice que se permite pescar con dinamita durante media hora! No es que los indios tienen la intención de pescar con dinamita. ¡Qué esperanza! No se atreverían a emplearla por temor de contrariar a sus dioses, ni podrían reunir el dinero pa-

²² Op. cit. p. 27.

ra comprarla. Es que, contemplando saltar a los peces, con cada explosión, ven la ruina de su propia pesca por la muerte de las crías. Poco les interesa que los blancos, al irse, voltean la tabla.

El hombre del monte, por su espíritu de libertad, no puede soportar el trabajo de la hacienda y se dedica a la caza. Una mañana sale al monte con su escopeta y sus perros para cazar un ciervo. Después de alcanzarlo, al momento de disparar, la escopeta no da fuego, y el cazador pierde la ocasión de acabar la montería. Aquí se nota que el autor no pierde ni una ocasión para pintar al indio engañado por la civilización y por sus productos. Después de seguir la pista del animal toda la mañana, a mediodía el hombre del monte logra sorprenderlo en una laguna, y con gran esfuerzo lo ahoga. Al salir a la orilla con su venado, se encuentra en terrenos prohibidos, y los blancos le obligan a entregarles las mejores partes del animal. El indio trata de razonar con el capataz, pero en vano, y con su típica actitud resignada, se despide de sus "conquistadores".

Hemos hablado de la historia del pueblo, de su vida familiar, y de sus ocupaciones. Ahora hace falta una breve discusión de su gobierno. Como en muchas sociedades primitivas, el poder del pueblo está en las manos de los más ancianos o los "huehues". Estos son los que representan el sufrimiento de todas las tribulaciones del pueblo. Por consiguiente, son los que tienen más experiencia en el trato con los blancos, y son los que más han adoptado el espíritu resignado. Cuando los blancos les piden un guía para buscar "plantas medicinales", se lo otorgan los "huehues" por temor de provocar el enojo de aquéllos.

Presenciamos un ejemplo de justicia india en el consejo de los "huehues" que decide la cuestión del casamiento del guía lisiado. Aunque reconocen que moralmente la novia del lisiado debe casarse con él, también reconocen la incapacidad de éste para sostener una familia. Por eso, con lamentos, se resuelven a dar la novia al cazador para prolongar la raza lo más posible. Todos los interesados, menos el padre del lisiado, respetan la decisión. Este, para vengarse del padre del cazador, entierra con la ayuda del brujo efigies de su enemigo atravesadas de espinas. El ofendido protesta a los "huehues",

pero ellos se niegan a participar más en un asunto de brujería. Están listos a resolver cualquier caso, menos el de brujería. Por sabios y por poderosos que sean los "huehues" dentro de su pueblo, comparten las mismas supersticiones de sus hermanos.

Las supersticiones desempeñan un papel muy importante en la vida del indio. Por su desconocimiento de leyes científicas, sólo puede explicar muchos fenómenos por causas sobrenaturales. Para conseguir la cooperación de las fuerzas sobrenaturales, hay que apaciguarlas con ofrendas y ceremonias. Antes de ponerse a pescar, los indios dejan caer en el río algunas gotas de aguardiente, para que el río rinda el mayor número de peces posible. Antes de empezar su danza de los voladores, riegan la tierra con aguardiente y hacen oraciones al sol y al viento. Parte de la superstición consiste en el miedo de lo desconocido. Tienen mucho temor de la cámara. Piensan que el dueño del retrato puede hacer daño a la persona, haciendo daño a la fotografía. Otra manifestación de la misma creencia prevalece en la serie de brujerías hechas con motivo de la decisión de los "huehues" de quitar la novia al lisiado. El "necténquetl" se muestra más poderoso que el "nahual" de la ranchería. Este ayuda al padre del lisiado, mientras que aquél ayuda al padre del cazador. Después de un intercambio de efigies atravesadas y enterradas, el "nahual" de la ranchería muere, acrecentando la reputación del "necténquetl".

El cazador relata otro ejemplo de la superstición. Cuando los jabalíes mataron a su perro, "le dió sepultura y le puso en el cuello un peso en centavos, para que pudiera comprar sus tortillas en el camino a la otra vida".²³

¡Qué sencillez se encuentra en este párrafo; pero además, qué demostración de afecto por el compañero de las monterías! Cuando poco después el mismo cazador muere por los ataques de los jabalíes, la gente atribuye su muerte también a las guerras de brujerías. Frente a la epidemia de viruela, los únicos remedios que intentan los indios son baños de vapor con fricciones de una hierba y el "dar de comer al cerro, a los vientos y a las aguas".

²³ Op. cit. p. 189.

Como el sociólogo también se interesa por las diversiones del pueblo estudiado, vamos a ver la presentación por el autor de las fiestas indígenas, cuya atracción principal es la danza de los voladores. Con su afición al costumbrismo, López y Fuentes describe en detalle la construcción del mástil, las ceremonias con las cuales se inicia la danza y todas sus destrezas. Sin embargo, en *El Indio*, más que costumbrista, es el novelista defensor de los indios, que critica a los blancos y su "civilización". Después de terminada la tradición, sigue la embriaguez, atribuida al producto de los blancos; con todas sus consecuencias fatales para los indígenas. Según la tradición, sólo los listos y los que han orado pueden subir al "patlancuahuitl". Con la borrachera, no falta quien sube, cae, y se aplasta en el suelo como una bola de lodo lanzada contra una pared. Sigue, inevitablemente, los lances de esgrima con machetes. ¡Cuánta es la amargura del autor, cuando después de la fiesta tradicional, anuncia los tristes resultados!

"Al amanecer fueron identificados tres cadáveres con espantosas mutilaciones de brazos".

López y Fuentes, a quien ya hemos estudiado como novelista de la Revolución, nos presenta en *El Indio* la Revolución desde otro punto de vista. A pesar de su entusiasmo por los ideales de la Revolución, el novelista se muestra un poco desilusionado en cuanto a los beneficios sacados por los indígenas. Vale la pena examinar en detalle la significación de la Revolución para ellos, porque por muchos que hayan sido sus defectos, la Revolución ha comenzado la obra de la reintegración del indio en la sociedad mexicana. A partir de los primeros disparos, los indios la consideran como una lucha entre blancos, que no tiene relación alguna con ellos, en cuanto a la contribución del progreso de la tribu. Durante las batallas, son excusados de volver a la hacienda como semaneros. Todos se retiran a su pueblo sin trabajo, pero por algún tiempo, cuando menos, se consideran libres del yugo de los blancos. Sin embargo, como siempre, su felicidad es de poca duración. Con la llegada de un fuerte contingente revolucionario, reciben órdenes de traer pasturas y tortillas. Luego, sube un cabecilla al pueblo exigiendo víveres y veinte guías. Caminando en la vanguardia como el guía de *Campamento*, nunca regresan. ¿Cómo no podemos dejar de compartir la compasión del autor por los indios,

quienes son obligados a morir en una guerra, considerada por ellos, como una guerra civil entre los blancos?

A la terminación de hostilidades, ¡cuál es su sorpresa al ver llegar a un nuevo diputado para ayudarles a combatir la epidemia de viruelas! El diputado queda impresionado por el atraso del pueblo, y les ofrece la solución: la construcción de un camino para el desarrollo comercial del lugar, y una escuela para enseñarles el español. Puesto que las contribuciones del pueblo apenas pagan los sueldos de los oficiales, los indios tienen que prestar dos días de trabajo por semana en la carretera. Quienes prestan servicios domésticos en las casas de los funcionarios no tienen que contribuir al trabajo de la carretera. Así, nos dice el autor que para el diputado, es más importante complacer a sus jefes, que realizar lo más pronto posible la construcción de la carretera. La escuela estará equidistante entre dos pueblos, porque no se puede sostener una escuela en cada pueblo.

Al comenzar el trabajo en la carretera, surge el conflicto con la Iglesia. El cura aconseja a los indios construir una iglesia en vez de una carretera, para evitar otra epidemia. El anticlericalismo del autor se revela en esta situación, como si preguntara: "¿Qué combate más una epidemia; otra iglesia, cuando ya tenemos tantas, o una carretera por la cual pueden llegar al pueblo sueros y medicinas?" Para él, la respuesta es obvia. Para los indios, es muy difícil resolver el conflicto, y acaban por acceder a las dos peticiones, o sea, que se deciden a trabajar dos días en la carretera y dos días en la iglesia; total: "cuatro días sin descanso y sin salario, a la semana". No pasa mucho tiempo antes de que los indios se den cuenta de que la carretera va a cortar el valle y no llegará hasta su pueblo; pero, resignados a su suerte, y animados por los funcionarios, siguen trabajando. En la construcción del camino, hay que acabar con los montículos, símbolo de la antigua civilización indígena. Vemos el retrato de la marcha del progreso que prosigue contra todos los obstáculos y aun lleva a los mismos indios contra su voluntad. Ya iniciado el trabajo de la iglesia, el cura se va, y ya no se preocupa por el bienestar de sus feligreses. En cambio, los indios cumplen sus obligaciones. Terminan la carretera y siguen construyendo la iglesia, mientras que se arruina el maíz.

Al recibir la orden de comenzar la construcción de la escuela, los indios vuelven a ser molestados por el cura, quien les manda hacer una peregrinación a la imagen de una santa milagrosa para cumplir con una promesa de él. No se atreven a desobedecer a los blancos ni a contradecir una orden del cura, orden que está más allá de su entendimiento. Por la decisión de los "huehues", los trabajadores se quedan para construir la escuela, mientras que todos los demás van de peregrinación. Después de una marcha penosa de tres días, llegan a la población de la imagen milagrosa, y van directamente al templo. El sacerdote les hace arrodillarse bruscamente y les exige cuanto poseen destinado para limosnas y ceras; como si ellos mismos no tuvieran necesidad de los pocos centavos que llevaban. En gratitud, el sacerdote les permite dormir en el atrio de la iglesia. Entretanto, los trabajadores terminan la escuela, y le dan el nombre del diputado. En este pequeño detalle, el autor indica que el diputado está pensando más en cubrirse de gloria que en la instrucción de los indígenas.

El primer maestro fracasa completamente. En los primeros días divide la gran concurrencia en dos grupos: los que hablan español, o sea los mestizos, y los indios. Por falta de un vocabulario de los idiomas indígenas, el maestro se dedica más a los mestizos. La asistencia disminuye un setenta por ciento; el maestro se fastidia y renuncia a su puesto para tratar en la ciudad con "gente de razón".

Al llegar un maestro indígena, se da más cuenta de las dificultades en la instrucción de sus paisanos. Para ellos, la escuela es un lujo mientras no tengan lo necesario para vivir. Los "huehues" exponen sus motivos de queja, pero con el temor eterno de protestar contra la autoridad de los blancos. El maestro se hace el gran héroe de la tribu, al lograr suprimir la contribución personal de trabajo. Lo hace con sólo una carta mandada al gobernador del estado. Los "huehues" quedan profundamente impresionados por el poder de la instrucción en posesión de uno de los suyos, y entusiasmados le entregan el gobierno, acabando con otra vieja tradición. López y Fuentes parece sentir un poco de nostalgia por las viejas tradiciones, pero sigue pidiendo el mejoramiento de los indios. Por su afición al costumbrismo, le da pena ver que, para mejorar las condiciones actuales de los pueblos in-

dios, es indispensable acabar con muchas tradiciones. Al proponer el plan de ir a la ciudad a pedir mejores tierras, herramientas de labranza, y sobre todo, armas para defenderse, el maestro se transforma en el líder, y principia otra época en la vida del pueblo.

Toda la petición del líder se realiza por medio del diputado. Los blancos empiezan a tener respeto por los indios ya armados. Hay una lucha armada entre los indios y los blancos que no quieren entregar sus tierras. Por el viaje del líder a la ciudad, por los regalos a los políticos, por el agasajo al diputado, por el proseguimiento de la campaña de éste, y por la compra de parque para defenderse, los indios son obligados a pagar sus cuotas. Entre los agasajos a los políticos y las luchas, los campos quedan abandonados. Dirigiéndose al pueblo para votar, los indios, al contemplar el estado de sus campos, vuelven a sentir "el temor tradicional de una raza que ha sufrido hambre".

López y Fuentes termina *El Indio* con una nota pesimista. El líder, con aspiraciones de llegar al Congreso, está en la ciudad gozando de buena situación mientras que:

"El lisiado sigue en su escondite de vigía, desconfianza asomada a la carretera —que es la civilización— desde la breña".²⁴

Escribiendo el libro completamente desde el punto de vista del indio, el novelista no nota ningún cambio profundo en la vida del indígena a partir de la Revolución. Las causas pueden ser distintas, pero los resultados son iguales: el hambre y la desconfianza de la civilización. Entonces, ¿cuál es la solución al problema del indio mexicano? El autor no pretende saberla. El problema es muy difícil, y así lo presenta, sin ningún intento de idealizar al pueblo. Por las palabras del profesor ciudadano, ofrece tres soluciones posibles, y luego se pone a rechazar o debilitar cada una. Una solución sugerida es la mezcla de las dos razas por la colonización de los blancos en los pueblos indios, produciendo al mestizo, quien constituye la mayor parte de la población mexicana. En su novela, *Los Peregrinos Inmóviles*, muestra el autor que aún el mestizar no puede poner fin a las peregrinaciones

²⁴ Op. cit. p. 289.

interminables de los indígenas en busca de tierra y paz. La escuela rural, otra sugestión del profesor, fracasa en *El Indio*, porque la educación del indio depende esencialmente de sus condiciones económicas. Puesto que también los niños comen, también tienen que trabajar, y por eso, no tienen tiempo de asistir a la escuela. La última solución ofrecida por el profesor, y la solución favorita del autor, se basa en la necesidad de restaurarles la confianza en los blancos; sobre todo con vías de comunicación que enlacen las rancherías, y maestros que conozcan “las costumbres y el sentir del indio”.

El pesimismo del autor, basado en el estudio y la observación de la historia del indio mexicano, lo hace considerar la solución casi imposible. Sintiendo profundamente los sufrimientos de los indios, López y Fuentes comparte la desconfianza de ellos en los blancos. Quizás sea su crítica un poco dura contra los esfuerzos dirigidos por los herederos de la Revolución Mexicana, de mejorar la situación de los indios. Sin embargo, hay que admitir que hasta ahora está justificado. Lo que acontecerá en el futuro, nadie lo puede decir.

En *El Indio*, se nos presenta un estudio sociológico del indígena mexicano. El autor nos hace ver todos los aspectos exteriores del indio, y con esto, conseguimos una idea bastante clara de la psicología del pueblo. En sus estudios psicológicos de individuos, López y Fuentes no ha tenido tanto éxito.

V

Novelista Psicológico

Hemos notado que la mayor preocupación de López y Fuentes como novelista consiste en los problemas políticos, sociales y económicos. Por consiguiente, todos los otros aspectos del novelista tienen que estar subordinados al novelista de tesis. En sus primeros intentos de crear personajes vivos e individuales, el autor no ha realizado su fin, debido a su mayor interés en el ambiente en que actúan sus personajes.

Su novela *Huasteca* le proporcionó la oportunidad de hacer un verdadero estudio psicológico de sus personajes principales. Sin embargo, por su afán de exponer la historia del problema petrolero, con su efecto sobre los habitantes de esta región, López y Fuentes no pudo vencer su tendencia de crear personajes simbólicos, dejando de considerar matices de carácter y luchas internas dentro del personaje.

La vida de los protagonistas puede dividirse muy bien en tres etapas: la vida tranquila del campo; la vida turbulenta causada por las riquezas y la avaricia; la vida pobre y desesperada, después del agotamiento de los pozos. Para el novelista, las riquezas y la ciudad siempre han de tener una influencia desmoralizante sobre el hombre del campo. En nuestro primer encuentro con los hermanos Guillermo y Micaela, los hallamos en el rancho de su padre. El autor nos da a entender que Guillermo es un muchacho sencillo y trabajador; su hermana Micaela representa la belleza natural de una flor en capullo del campo. Entre ellos existe un gran amor fraternal y un entendimiento inexpressado.

Tres años después, el autor regresa y encuentra la naturaleza igual, el rancho igual, pero nota un cambio en sus personajes. Guillermo, ya un joven muy fuerte, tiene ganas de conocer los vicios de

la ciudad. Micaela, habiendo "brotado" en una mujer hermosa, no piensa más que en las últimas modas de la ciudad. Con el descubrimiento del petróleo en su terreno, termina la primera etapa en la vida de los hermanos. De sus caracteres sabemos muy poco. Guillermo es fuerte y trabaja mucho; pero sólo esto no asegura un buen carácter. Micaela posee una belleza primorosa y quiere a su hermano. López y Fuentes, él mismo nacido en el campo, presume que el puro contacto con la naturaleza purifica a los personajes. En realidad, la naturaleza no crea completamente el carácter del individuo; la vida sencilla y la falta de tantas oportunidades para pecar, como en la ciudad, ayuda en su formación. Sin embargo, la herencia también debe tomarse en cuenta en la formación del carácter de un individuo. Si éste tiene una base buena y fuerte, las vicisitudes de la vida no van a alterarlo esencialmente; en cambio, si el carácter es débil y susceptible a cualquier trance de la vida, va a transformarse a la provocación más insignificante, sea en la ciudad o en el campo. De lo poco que sabemos de los caracteres de los protagonistas, no podemos estar seguros de la continuación de su vida sana y tranquila en el rancho. El autor, sacándoles de su ambiente, les hace alterarse, echando toda la culpa a las riquezas derivadas del descubrimiento del petróleo en su rancho. Claro está que las riquezas, en la mayor parte de los casos, tienden a enorgullecer, sobre todo, si vienen en abundancia e inesperadamente. Pero, no podemos aceptar como una generalidad, ni como una verdad psicológica, la destrucción moral de todos los "nuevos ricos".

Antes de llegar al apogeo de su prosperidad pecuniaria, Guillermo y Micaela pasan por una época de transición en que experimentan el poder que acompaña al dinero. Guillermo, embriagado por el dinero, enciende un cigarro con un billete de cien pesos. Micaela, muchacha modesta en el campo, se transforma en el símbolo de la soberbia. No es difícil ver que todas sus viejas amigas la abandonan, llamándola "La Petrolera", apodo sumamente grato a los oídos de Micaela. Se pone tan orgullosa, que cuando le previenen que nadie querrá casarse con ella, en un arranque de altivez, exclama:

"En cuanto quiera casarme, compraré un marido".

En efecto, no tarda en comprar uno. Es un aventurero de los Estados Unidos del Norte, que ha venido a México en busca de la

fortuna. Guillermo y Micaela ya no pueden ser reconocidos. Según el autor, son personas distintas que aquéllas que conocimos por la primera vez en el rancho. No obstante, para hacernos creer que son las mismas personas, nos hace falta una descripción del proceso de transición. Las personas no cambian tan radicalmente de un día a otro, sino que evolucionan por un período de tiempo. Sabemos que unos años han pasado entre las escenas en el rancho y las de la ciudad, pero no sabemos nada de las ideas ni de los sentimientos de los protagonistas durante este período de enriquecimiento. En realidad, no conocimos a Guillermo ni a Micaela en el rancho; por consiguiente, no podemos apreciar verdaderamente la transformación en ellos, que sólo sirve como un vehículo del autor, en su vituperio contra el petróleo.

En una pareja de capítulos titulados: "El Hombre de Negocios" y "La Petrolera", López y Fuentes describe la segunda etapa en las vidas de Guillermo y Micaela. Los dos están repugnantemente americanizados. Guillermo salpica su habla abundantemente con expresiones en inglés. Pone los pies sobre el escritorio, y su aire arrogante, protector, y condescendiente basta para repeler a todo el mundo; menos a las "moscas". Micaela está rotundamente fastidiada en el pueblo. Ha viajado mucho en los Estados Unidos del Norte con su esposo Harry, y le da coraje no poder lucir sus pieles carísimas, a causa del calor. Sus maneras ya no son mexicanas. El novelista no pierde ni una oportunidad en su descripción de la americanización de sus protagonistas, de manifestar su odio a sus "primos del norte". Con su afán de generalizar, comete una gran injusticia contra las madres norteamericanas, cuando Micaela, muy sofisticada, anuncia al autor escandalizado:

"—¿Hijos? De soltera soñaba con un chico. Es el sueño de todas las mexicanas. Pero fui a los Estados Unidos y allá aprendí a no desearlos, y la manera de evitarlos: los hijos acaban con la juventud de la madre".²⁵

Contrastada con el amor fraternal que presenciamos entre los hermanos en el rancho, se nota la vehemencia con la cual persiguen los litigios que los han separado para siempre. Micaela no tiene ver-

²⁵ Gregorio López y Fuentes, *Huasteca*, p. 181.

güenza al preguntar al autor, si conoce a un "cuida-espaldas" que sepa tirar bien, pensando en el asesinato de su hermano. Guillermo también da muestras de desear el fin de la vida de su cuñado Harry.

Para hacer su lección moralizadora más saliente, López y Fuentes nos avisa del cambio de suerte de los dos hermanos. Al dejar de recibir sus regalías, porque el petróleo se acabó en su tierra, Guillermo se pone furioso. Micaela ha vendido su parte del rancho, para estar preparada a ir al extranjero; pero sufre la gran desilusión, cuando descubre el cadáver de su esposo Harry, asesinado por asaltantes, al tratar de huir con todas las riquezas de su esposa. A pesar de todas las pruebas precisas, de que Guillermo no tuvo nada que ver en el asunto, Micaela insiste en echarle la culpa. Es que siente ella su vanidad muy ofendida al considerar que Harry no la quería, sino por su dinero. A pesar de saber la verdad, le conviene más a ella seguir creyendo en el amor y en la fidelidad de su esposo. Guillermo, encolerizado por la acción de las compañías petroleras, todavía se queda con su parte del rancho. No obstante, ya es tarde para su "redención". En vez de regresar al rancho para volver a empezar con la vida sencilla del campo, vende el rancho a Apolonio, viejo rancharo de su padre, y se va a la ciudad, donde se echa a perder sin remedio. Ahora bien, si Guillermo fue tan buena persona mientras que estuvo en el rancho, como López y Fuentes quisiera hacernos creer, ¿por qué no regresó al rancho a trabajar? Siempre tendría en el subconsciente el amor de la tierra y el anhelo de regresar. Así lo vemos en los protagonistas de *Mi General* y *Entresuelo*. Para hacer más severas las consecuencias de la avaricia, encontramos a los hermanos en la última etapa de la vida, viviendo en una azotea.

¡Qué verdadero es el comentario de Guillermo!

'El dinero nos separó y la miseria nos ha unido otra vez'.

Guillermo muestra su bondad innata al recoger a su hermana enferma. Otra vez su acción es inexplicable por lo que sabemos de él. El autor no nos ha dado bastantes detalles de su carácter para hacernos creer que un hombre, después de enriquecerse repentinamente, después de odiar a su hermana, después de amenazar la vida de su cuñado; al ponerse pobre, va a recobrar todas sus buenas cualidades

que se nos insinúan a principios del libro. Micaela, medio desquiciada por el reconocimiento de que Harry no la quería, sigue creyendo en la culpa de su hermano. Muchas noches Guillermo la sorprende lista para matarlo. ¡Qué ha pasado con el amor fraternal del rancho! Al oír la noticia de la expropiación, Guillermo tiene breves ilusiones de que vayan a devolverle el terreno. Es que el hombre, ya no capaz de trabajar después de tantos años ociosos, agarra cualquier esperanza, aunque sepa que para él y para su hermana, se ha acabado la vida. Total, que los protagonistas de *Huasteca*, enteramente subordinados al problema económico, no son posibles, o si lo son, no los conocemos bastante para creerlo.

Ha tenido López y Fuentes mayor éxito en su creación del protagonista de *Mi General*. Igual que la vida de Guillermo y Micaela, la vida de "Mi General" puede dividirse en tres etapas: la vida del rancho; la vida del general famoso y opulento en la ciudad; y su vida fugitiva que termina con la resolución de regresar al rancho. Hemos visto que "Mi General", comprador y domador de ganado en un rancho, se resuelve a juntar su suerte con la de la Revolución, sólo por el deseo de distinguirse y de ganar fama y dinero. En esta novela, el autor no nos pinta al protagonista como un "ángel", como lo hace en *Huasteca*. Aunque no le conocemos muy bien, sabemos que es un hombre fuerte, valiente, diestro y que ha sufrido en la vida. Sus acciones se explican mejor que aquéllas de los personajes de *Huasteca*, y a veces se advierte la lucha interior en el hombre entre dos o más alternativas. Saliendo del rancho, se acuerda de su vida sencilla cuando aún vivía su esposa. La ganadería, la agricultura y el comercio con los arrieros ocupaban su tiempo. Su esposa, a punto de dar a luz, murió, y "Mi General" se hizo comprador de ganado, por no poder aguantar la soledad del campo. El gran golpe sufrido por él, le libra de todas sus obligaciones. Mientras que sigue trabajando en los ranchos, no puede olvidarse de su pérdida trágica. Ya sin responsabilidades, comienza a tener ilusiones de grandeza. Formula sus planes y está listo a lanzarse al mundo. Lo que justifica la presentación psicológica de López y Fuentes en esta novela, es la vista de la lucha entre el hombre bueno y el malo, y la resolución de las dudas por el protagonista, relatadas en primera persona.

Antes de salir del rancho, se siente un poco dudoso de lo que le espere en la Revolución. No sabe más que tiene grandes deseos de poner fin a su fastidio. ¡Cómo goza de la libertad al montar a caballo para salir del rancho con sus "muchachos"! Los rasgos de carácter de "Mi General" se definen mucho mejor que los de los personajes de *Huasteca*. El incidente del arriero nos revela mucho. Sus soldados quitaron al arriero, viejo amigo de "Mi General", su pistola y su mula. Cuando el arriero se queja en un tono familiar del tratamiento recibido, "Mi General" se pone muy pensativo. Por fin, el arriero, muy listo, comienza a hablarle de usted. Cuando se refiere a la difunta esposa, "Mi General" ya no puede más, y le devuelve la pistola. En esta escena, "Mi General" se muestra un poco codicioso, no tan reconocedor de viejos amigos, orgulloso, y muy listo a recordar a su esposa. Otro incidente muy peligroso para la carrera del General es la burla del caporal. Este, también viejo amigo de "Mi General", le quita disimuladamente la silla, cuando está a punto de montar. Claro que sin la silla, cae "Mi General", lo que provoca las risas entre toda la tropa. En un momento de ira, dispara a su amigo y le hiere en la mano. Aunque hiciera bien en el sentido de conservar el respeto entre la tropa, el hombre se siente muy afligido, y pasa el resto del día y toda la noche platicando con su amigo y dándole muchas explicaciones de su conducta.

A pesar de sus muchos triunfos, al entrar en la ciudad por la primera vez, nadie le hace caso. La vanidad del hombre es herida profundamente, y dedica sus próximas acciones al intento de ganar nombre. Después de visitar al sastre y al peluquero, se siente enteramente cambiado. Visitando al hospital por la segunda vez, muestra su autoridad y todos le respetan. Tanteando su poder, sale de un coche sin pagar al chofer. Empieza a creerse dueño de la situación:

"Me dí cuenta de que en una sola tarde había obtenido la más importante de mis victorias: sojuzgar la ciudad".

Podemos decir que la segunda etapa en la vida de "Mi General" comienza con la segunda entrada en la ciudad, entrada gloriosa y completamente distinta que la primera; porque entre las dos, se ha vencido la anonimidad.

Sus jefes le hacen diputado en el Congreso, pensando que un hombre rudo e inculto como "Mi General" se sentiría avergonzado y ofuscado entre tantos "sabios", y que así pondrían fin a su carrera brillante. En cambio, se aprovecha de la oportunidad, y establece su fama al lanzar unos discursos vívidos en favor de sus viejos compañeros de la Revolución. Al lograr el éxito material, "Mi General" adopta muchas costumbres de la ciudad. Sin embargo, esencialmente, no cambia. Las adopta porque le sirven para realizar sus ambiciones. Pero, el hombre del campo, ni por un momento, deja de sentir repugnancia contra la hipocresía y la falsedad de la ciudad. Esto parece más en armonía con el "buen hombre" del campo, que el cambio de carácter en Guillermo y Micaela en *Huasteca*. Es decir, que "Mi General", quien tiene una buena alma, puede servirse de algunos métodos citadinos para cumplir con su anhelo de distinguirse, pero nunca puede olvidar su origen como rancharo y vendedor de ganado. Si se permite aceptar algunos pasatiempos lujosos de la ciudad, se lo explica racionalmente diciendo que es una... "compensación a los años de lucha, privaciones y peligros". A pesar de su buen juicio natural, el ascenso es tan rápido, que lo deslumbra, y se deja engañar por sus "amigos". Excitando sus ambiciones, le dicen que el candidato del gobierno no piensa respetar los resultados de las elecciones, y que hay que formar una conspiración contra el gobierno. Le quitan todo su dinero y él se ve obligado a huir.

Su primera reacción contra la infidelidad de los capitalinos es muy natural: la decisión de buscar el "rincón abandonado desde hacía años, pero siempre acogedor porque allá no cambian ni las costumbres ni los amigos". En esta decisión, López y Fuentes se muestra mejor psicólogo que en *Huasteca*, donde Guillermo, con la oportunidad de volver a su tierra, la vende y se echa a perder completamente en la ciudad. No obstante su decisión de regresar a su rancho, "Mi General" vuelve a la ciudad, después de un descanso de ocho días en un pueblito. Aquí nos parece que el autor se ha desviado en su estudio psicológico del individuo, para hacer destacar más el contraste entre el campo y la ciudad. Acordándose de los pájaros polícticos, comenta "Mi General":

“Es verdad que en el monte hay pájaros —policías montarcas— que gritan en viendo al hombre, pero se les espanta y se alejan. En la ciudad hay pájaros que saben nuestros nombres y los gritan para ganarse un peso o para lograr un ascenso”.²⁶

¿Por qué motivos regresa el protagonista a la ciudad? No nos da razón el autor. Conforme con su carácter y su vida, es inexplicable. El párrafo citado sirve para una introducción a todas las penas sufridas por “Mi General”, después de haber perdido su gloria.

Al bajar del tren en la ciudad, empieza a sufrir un complejo de persecución. Piensa que todos sus viejos conocidos lo ven, pero no lo saludan, para poder traicionarlo mejor. Un amigo le proporciona el uso de una azotea y le ofrece traerle alimentación, mientras que “Mi General” queda escondido. Pronto se acaban las visitas del amigo, y el desilusionado ranchero se ve obligado a salir en busca de trabajo. Encuentra un empleo honorable como vendedor de discos y de muebles, y está muy contento. Aquí se halla otra equivocación del autor. ¿Cómo puede ser que un hombre, acostumbrado toda su vida a dominar, primero ganado y luego a hombres, vaya a estar contento, suplicando a personas, consideradas por él como inferiores, que compren un disco o un radio? De todos modos, no dura mucho tiempo en el trabajo. Se encuentra con viejos amigos, y después de emborracharse todos en una cantina, “Mi General” no tarda en lanzar discursos contra el gobierno, ni tampoco tardan en llegar los gendarmes para llevarlo a la cárcel,

Luego, “Mi General” se entrega al vicio del juego, y el novelista se aprovecha de la ocasión para presentarnos una buena descripción del jugador por necesidad. No es una descripción detallada de la casa de juego con todos sus trucos, sino un análisis del pensamiento del concurrente habitual. Este desarrolla sus proyectos con la esperanza de apostar poco y ganar poco, pero ganar constantemente. Si gana, su sistema recibe el crédito. Si pierde, se debe a fuerzas exteriores, como el encontrarse con un hombre de mal agüero. Se nos da a entender que casi siempre el juego llega a ser una fascinación para el jugador, de la cual no puede separarse. “Mi General” se escapa del

²⁶ Gregorio López y Fuentes, *Mi General*, p. 198.

vicio del juego al aceptar la oferta de un candidato a gobernador, de ser su "cuida-espaldas". Al tener la pistola en la mano otra vez, siente un gozo tremendo derivado del poder sobre la vida que le proporciona el arma. Después de una campaña afortunada, en la cual no faltaron los balazos, el "cuida-espaldas" consigue un empleo mezquino, pero divertido en la Cámara. La novela termina en uno de los famosos contrastes a los cuales es tan aficionado López y Fuentes. El candidato electo muestra la ingratitud de la ciudad, mientras que el "muchacho" de "Mi General" muestra la amistad sincera del campo, escribiendo una carta persuadiéndole que vuelva al rancho. Muy distinto de Guillermo, "Mi General" no puede resistir la llamada de su tierra y el libro termina con una nota feliz.

"Cómo no regresar! La carta rezumba tierra, la tierra olvidada por tanto tiempo y que ahora me atrae con tanta fuerza".

En *Acomodaticio*, López y Fuentes relata la historia de otro general, pero uno radicado en la ciudad. En el primer capítulo de la novela, asistimos a una reunión que, en una lechería, tienen tres hombres, con aspiraciones de formar un partido político. El autor dedica cada uno de los tres capítulos siguientes a un estudio de cada uno de los tres protagonistas. El General Donaciano Martínez es muy impulsivo, y por consiguiente, mal político. A cualquier provocación, exclama: "le sumo una bala!" Platicando en su casa con su amigo, se jacta de su participación en la formación del nuevo partido. Después, lo echan fuera del partido por sus impulsos desenfrenados, y se encuentra sin trabajo. Al regresar a su casa, trata de restaurar su propia confianza y la de su esposa, anunciando la llegada de otra revolución dentro de días. En la casa, no hace nada todo el día, sino escuchar los chismes de las vecinas. A fines del libro, al pasar el desfile victorioso con *Acomodaticio*, el General está en la calle como espectador. En el retrato del General, López y Fuentes nos avisa que el militar y el político no deben unirse en un hombre.

El segundo de los colaboradores se llama Horacio Gamboa. Es un muchacho discreto, inteligente, y callado. No llega a ser más que secretario del Licenciado, porque no es bastante dinámico para empujarse tanto como éste.

El tercer colega y el verdadero protagonista de la novela, es el Licenciado Antonio González, mejor conocido como Acomodaticio. Como "Mi General", es un hombre ambicioso, que se vale de todo para adelantar sus intereses. El General, admirando su proeza al despachar al cobrador de la renta, dice que tiene "toda la habilidad política de un jesuíta". En una plática familiar con su esposa, Acomodaticio defiende su decisión de dedicarse a la política, diciendo que es el único modo de "llegar".

En los primeros cuatro capítulos, López y Fuentes pone una base sólida para la construcción de la novela y el desarrollo psicológico de sus protagonistas. A pesar del buen estudio de los motivos de cada uno de los tres y del ambiente en que se mueve cada uno, el autor se entrega a una crítica de los males del sistema político de México, lo que le preocupa más, y se olvida de desarrollar más a sus personajes. Como en *Huasteca*, resultan muñecos movidos, más por el deseo del autor de exponer un mal, que por sus propias voluntades. El mismo forro del libro lleva un retrato de un muñeco con una bolsa de dinero en vez del corazón, y una pistola en la mano. Otra vez vemos cómo el anhelo de crear símbolos de sus protagonistas disminuye el valor literario de las obras de López y Fuentes.

En las tres novelas que hemos discutido en este capítulo, vemos despertar el interés del autor en pintar las costumbres citadinas. Ya hemos considerado al autor como costumbrista del campo. Claro está que el campo tiene para él más encanto por haber nacido allí y, consecuentemente, por conocer mejor sus costumbres. Sin embargo, después de vivir tantos años en la capital, el autor ha logrado sacar muchas escenas típicas con su "cámara" penetrante.

En *Mi General*, una descripción de dos camas y sus ocupantes nos da un buen retrato concentrado de todo el hospital. La casa de huéspedes, la cantina y la casa de prostitutas, también son visitadas y retratadas por el protagonista. El novelista pone en ridículo a los charros capitalinos y pinta la confusión en la oficina de un político. Una nota más lírica es su descripción de las azoteas con vista a los volcanes y a los azulejos de algunas cúpulas de iglesias.

En *Huasteca*, se pone más realista y se fija en los detalles de la azotea: los tendedores y el cuartucho que se parece a un cubo de madera. Con una leve sonrisa, dice que la azotea es un lugar "delicioso únicamente para los astrónomos, para los pintores y para los gatos". Se nos ofrece una vista panorámica de la vida escandalosa de una ciudad crecida por una prosperidad repentina.

Acomodaticio tiene lugar, casi enteramente, en la ciudad; y por eso tenemos más impresiones. En la vecindad se oye la "sinfonía" producida por la aspirante a la ópera, los chillidos de niños, los varios radios y los silbatos de trenes. Una impresión de la casa de huéspedes donde vive Horacio Gamboa, no puede ser mejor presentada en tan pocas palabras. ¡Qué cosa más indispensable a una mañana en México, que los ciclistas con los canastos de pan equilibrados en la cabeza! Con pocas pinceladas, López y Fuentes es capaz de pintar, no sólo una colonia pobre y fea, sino también la fiesta espléndida para el bautizo del niño del victorioso *Acomodaticio*.

Las escenas mencionadas de las tres novelas se destacan porque hacen un contraste, o con el ambiente general de la novela, o con la mayor preocupación del autor por la exposición de las injusticias económicas, políticas y sociales. Haciendo una fusión más perfecta de la novela costumbrista de la ciudad con la novela social, López y Fuentes produjo en 1948 *Entresuelo*.

VI

"Entresuelo"

Entresuelo no sólo es la más reciente, sino también la mejor novela que ha escrito Gregorio López y Fuentes. Al alcanzar en este libro su mejor estilo novelesco, no ha sacrificado las características que le merecieron el premio nacional de literatura de 1935. El autor de *El Indio* no ha perdido nada de su facilidad en comprender los problemas de los desafortunados, ni de su habilidad de presentarlos de una manera sumamente conmovedora. Esencialmente, *Entresuelo* es una novela de tesis social. Esta tendencia a preocuparse con problemas de la sociedad se nota en la mayor parte de sus obras. *Tierra* es una presentación elocuente de los problemas sociales encontrados en las haciendas bajo el régimen porfirista, los cuales se resuelven en parte con la Revolución. *El Indio*, y *Arrieros* en un grado menor, también presentan problemas sociales, pero cuyas soluciones el autor no pretende saber. De igual manera, *Entresuelo* presenta un problema que queda por resolver. Por todo el mundo, actualmente, los niveles bajos de la clase media se encuentran en situaciones apuradas. En la mayor parte, son personas más o menos cultas, cuyos empleos apenas les permiten sostener a sus familias. Con el gran crecimiento de los sindicatos en los últimos años, los obreros han mejorado su suerte, tanto, que ya se ven en mejores circunstancias que casi todos los empleados del gobierno. A medida que han subido los sueldos de los obreros, han subido los precios de los productos de las fábricas donde trabajan, sin que los sueldos de los empleados del gobierno hayan subido en proporción. El autor comprende muy bien la injusticia de la situación y nos la presenta sin ofrecer una solución.

Además de ser una novela social, *Entresuelo* es la novela de más acierto psicológico de López y Fuentes. Hemos notado sus primeros intentos de dedicarse al estudio psicológico de sus personajes, que siem-

pre han sido abandonados por su mayor interés en el problema. En *Entresuelo*, muestra que ha logrado sujetarse al estudio de los personajes sin perder de vista, ni por un momento, el problema que quiere presentar al público.

Aunque principalmente es una combinación de la novela social y la novela psicológica, *Entresuelo* contiene muchos elementos costumbristas, tan característicos de todas las obras de López y Fuentes. En nuestra discusión de este libro, vamos a ver la unión feliz de todos los elementos que han contribuido al éxito del Director de *El Universal*, como uno de los novelistas más importantes de México.

Entresuelo no sólo es la planta media de una casa, sino también la planta media de la sociedad. Los que viven arriba y los que viven abajo "nos aprietan como en un torno" dice Diego Doblado poco antes de morir. En las palabras siguientes, resume la posición de su clase social:

"los de la planta baja no cargan nuestros prejuicios y no conocen la ambición porque nunca han tenido nada, mientras que los de arriba no sufren nuestras necesidades porque siempre lo han tenido todo".²⁷

Entresuelo trata de la historia de una familia de la "planta media", la familia de Diego Doblado. Al abandonar en esta novela su afán de hacer anónimos a sus personajes, López y Fuentes ha aumentado el interés que puede tener el lector al conocer a la familia Doblado; esto, sin haber quitado el interés en la familia como representante de su nivel social. Diego Doblado es el ejemplo perfecto del empleado. Es puntual, decente, inteligente, caritativo, y . . . pobre. Desde su apartamento puede observar los fenómenos de la vida. Su hija Rosalinda, sentada en el extremo oriental del corredor, puede mirar para arriba, donde vive la familia de Venancio de la Reguera, rico propietario de la casa. Su hijo Manuel, sentado en el extremo occidental del corredor, puede mirar para abajo, donde viven doña Andrea y su hija Micaela en su miscelánea.

²⁷ Gregorio López y Fuentes, *Entresuelo*, p. 267.

Hay que advertir aquí el simbolismo muy característico de todas las novelas de López y Fuentes. ¿Por qué Rosalinda ha de estar sentada en el extremo oriental, y Manuel en el extremo occidental? El oriente simboliza la salida del sol, la esperanza, y una insinuación de la buena fortuna que espera a la muchacha. El occidente simboliza la puesta del sol, y es la insinuación del fracaso de una esperanza, del fin de una época.

En el curso de la novela se entremezclan los habitantes de las tres plantas. Al final, salen las familias en un orden un poco cambiado. La familia de Venancio de la Reguera se queda en la planta de arriba, pero la familia de doña Andrea sube por encima de la de Diego Doblado, la cual se ve obligada a bajar.

En los últimos tres capítulos del libro, el autor contrasta agudamente la suerte de estas tres familias. Venancito, hijo de Venancio, y Rosalinda se miran desde hace mucho desde sus plantas respectivas. Sin embargo, Venancito prefiere bajar más de un piso y llevarse en su coche a Micaela, y darle un hijo. Cuando su familia está a punto de partir para Europa, se siente inquieto a causa de la posibilidad de que hable Micaela. Relata su último encuentro con ella, en el cual le dijo que el hijo no era suyo, y se negó a aceptar su dinero. La madre de Venancito resume perfectamente bien la situación:

“En resumen de cuentas: una mujer que se queda sin protección, un muchacho más de los muchos que no tienen padre y un joven de buena familia que se marcha a Europa con sus padres”.²⁸

¡Qué mordaz es este resumen en que el autor contrasta la situación lamentable de las víctimas con la serenidad arrogante del ofensor! Micaela, después de su desgracia, regresa con su hija a la miscelánea de su madre. Esta, a principios no quiere recoger a su hija; pero, al percibir a su nieto, no cabe en sí de gozo. ¡Qué contenta se queda doña Andrea al saber que “todo su mundo” está en casa!

¡Qué distinta es la suerte de Felicitas Arellano, esposa de Diego Doblado! Para ella, no hay reuniones, sino despedidas. Pasan tan se-

²⁸ Op. cit. p. 254.

guidamente las desventuras, que por poco se atropellan. Modesto Pínillo, novio de Clotilde, hermana de Felícitas, desaparece un día y nunca vuelven a verlo. Clotilde lo llora y se pone tristísima. Manuel, hijo de Diego y Feliz (Felícitas), se marcha a los Estados Unidos del Norte para perfeccionar sus estudios de ingeniería. En efecto, está huyendo del ambiente que le choca. Sintiendo lleno de esperanzas por su juventud y por sus estudios, le abruma la tristeza de la planta media. Además, tiene un motivo muy especial: enamorado de Micaela, se enfurece al descubrir las acciones reprensibles de Venancito. Por fuera, no da muestras de su ira, pero por dentro, su sangre bulle, y hasta tiene ganas de asesinar al ultrajador de su novia. Para evitar las consecuencias de semejante temeridad, rompe las cadenas que lo ligan a su familia y se va. Al principio, les escribe de vez en cuando, pero luego sus cartas van haciéndose más raras, hasta que cesan completamente. Nunca vuelven a verlo ni a tener noticias suyas.

El rapto de Micaela también ha tenido su efecto sobre Rosalinda. Primero se pone muy melancólica, y parece estar fuera del mundo de la realidad. Sin embargo, a la proposición de casamiento con el tonto Toñito, recobra toda su alegría. Este Toñito es el sobrino de la presuntuosa viuda, la señora Peralta de Mier, en cuyo "palacio" trabajaba Feliz antes de casarse. Rosalinda, deslumbrada por las riquezas que la esperan en la alta sociedad, se olvida de su familia. Después de la ceremonia en la iglesia, se va con su Toñito, sin aun despedirse de sus padres. Nunca vuelven a verla, pero sí que reciben noticias suyas en las columnas de sociedad de los periódicos.

La enumeración por los periodistas de todos los regalos recibidos por el matrimonio proporciona al autor la oportunidad de ejercer su crítica contra la desigualdad de la sociedad.

"millones gastados en fruslerías y millones de niños que viven en la desnutrición y mueren en la miseria..."

Por el pensamiento de Diego Doblado vemos una paradoja creada por el autor. En todas sus novelas, López y Fuentes nos ha revelado sus sentimientos acerca de los oficiales que por falta de honorabilidad, roban a los ciudadanos. En *Entresuelo*, debido a su anhelo de criticar a la aristocracia, se encuentra en la posición anómala de defender a los oficiales, estafadores del público. Dice que las familias

aristocráticas suelen publicar todos los detalles de las bodas con todos los regalos, mientras que los políticos, descendientes de la Revolución, no se atreven a hacerlo por miedo a la opinión pública. Precisamente es la opinión pública, formada en gran parte por las familias aristocráticas del país, a la cual dirige López y Fuentes su diatriba, echándoles la culpa de las medidas furtivas empleadas por los políticos para conservar sus fortunas.

“resulta inexplicable, dentro de lo social y lo político, que un revolucionario iguale o supere a la aristocracia: el revolucionario necesita ser pobre y, de tener grandes bienes, debe escriturarlos a otro nombre; su fortuna efectiva, depositarla en un banco extranjero, y gastar algo en obras de beneficio público, así como en una intensa publicidad de que está a las puertas de la miseria”.²⁹

Después del casamiento de Rosalinda, de la familia original, todavía se quedan Feliz, su esposo Diego, su hermana Clotilde, y la criada Pepita. La triste Clotilde no tarda en hacer sus despedidas. Más enferma y triste que nunca a causa de sus preocupaciones con la boda de su sobrina, busca la salud y la tranquilidad en el hogar provinciano de algunos primos suyos. La única cosa que permanece de ella es el álbum de fotografías, las cuales ella tomaba y colocaba en sus propios puestos.

Por fin, se va Pepita la criada, que ha demostrado su lealtad a pesar de todas las desgracias. No se va por gusto, sino que Feliz casi la echa de la casa. Es que Feliz no quiere que Pepita sufra con ella la falta de alimentación, mientras que todavía puede conseguir otro empleo.

Velando Feliz a su marido moribundo, comienza a sentirse sola por la primera vez. Al morir Diego, Feliz se queda en una soledad completa. En el prólogo del libro, la vemos en su apartamento desprovisto de luz y de muebles. Empieza a evocar sus recuerdos, recuerdos que ha convertido López y Fuentes en su novela *Entresuelo*. En el epílogo, la vemos terminar con hacer su petaca y salir a la ca-

²⁹ Op. cit. p. 206.

lle, pero no antes de cumplir con lo que el administrador le ha encargado: es decir, colgar del balcón un papel: "SE ALQUILA".

Al dedicarse al desarrollo del carácter de los personajes principales del libro, el autor ha conseguido producir una obra superior a los frutos de sus esfuerzos anteriores. En esta obra, López y Fuentes ha logrado hacer vivir a sus personajes. En sus otras novelas, los personajes representan, un rasgo de carácter y nada los altera. En cambio, por las páginas de *Entresuelo*, se ve la transformación decadente en Diego y el crecimiento de la resistencia de Feliz a la adversidad.

A principios de la novela, Diego se muestra ser un buen hombre, capaz de criticarse y capaz de criticar abiertamente la hipocresía de la sociedad. Feliz se considera feliz con su familia. Aunque a ella, igual que a su esposo, le choca la hipocresía, se conforma más con la realidad y sabe mejor aguantarla. Al empezar sus adversidades, Diego Doblado recibe una carta de un viejo amigo suyo, Pablo Iglesias. Este pide la ayuda de Diego en su candidatura a la presidencia municipal del pueblo. Claro está que Diego no tiene las relaciones supuestas por Pablo. No obstante, Diego se pone a escribir una carta a Pablo, lanzando su propia candidatura para ser diputado de la región. Desde luego, estalla la lucha dentro del propio Diego: entre lo malo contagiado de la civilización y lo bueno innato del hombre. Después de un examen de sí mismo, el Diego bueno triunfa, y escribe la verdad a su amigo. Al brotar los amores de Manuel y de Rosalinda, Diego y Feliz se encaran con el problema de la diferencia en los niveles "socio-económicos" de los novios respectivos. Diego filosofa mucho, pero siempre el sentido común de su esposa lo trae de vuelta a la realidad. Su carta franca a Pablo Iglesias le ha quitado algo; reconoce su escaso valor, y va perdiendo la fe en sí mismo. Dice: "cada golpe de adversidad nos corta un pedazo de ala..." Feliz se da cuenta del cambio en su esposo, pero no se lo advierte, y sigue sosteniendo su fe en él. Contra la voluntad de Diego, Feliz hace venir a un cura para bendecir la casa. Diego todavía conserva su agudeza crítica, en la cual se ve, igual que en sus otras novelas, la oposición del autor a la religión organizada.

“yo no puedo creer que cambie el destino de una familia sólo porque un señor viene a decir una cuantas palabras en latín y a rociar los rincones con agua bendita...”³⁰

En su descripción de Pablo Iglesias, López y Fuentes tampoco pierde la oportunidad de mostrar su anticlericalismo. Dice que Pablo es “liberal a pesar de su apellido”.

Como en *Tierra* los peones sienten la fuerza cósmica de la Revolución, en *Entresuelo* Diego Doblado siente la fuerza cósmica de la adversidad que está persiguiéndole. Todo su ser revela la actitud de la frustración de todas sus esperanzas. Siempre soñaba con volver a su tierra, pero ahora, una pesadilla le anuncia que un pantano (la ciudad) le impedirá marchar adelante.

Evocando memorias de su tierra y llevando la palabra del autor, Diego Doblado no puede menos de contar su vida. En casi todas las novelas de López y Fuentes, se hace el contraste entre la vida del campo y de la ciudad, siempre en favor de aquélla. A este respecto, *Entresuelo* no difiere de sus obras previas. Aunque perfectamente contento en la provincia con sus hermanos, Diego es mandado por su padre a la ciudad para estudiar. A pesar de las lágrimas de despedida, pronto se acomoda a la vida de la Capital, y se olvida de su familia y de la provincia. Se aleja tanto de su familia, que cuando le escriben que su padre está enfermo, no se decide a regresar hasta que ya es demasiado tarde. Al llegar al rancho, le informan que su padre murió diabético, y su madre de dolor. Casi todos los provincianos que llegan a la Capital se quedan, pero aunque “ganan en conocimientos, en trato con las gentes... pagan con algo que vale más: el corazón”.

Regresando al estudio de Diego, vemos que la retrospectión triste, en que se apiada de su vida, es el signo de su decadencia. Ya no puede mirar para adelante. En el baile de la planta media, un “poeta” quevedesco dice: “Diego no es agobiado sino Doblado”. Es decir, que todavía tiene alguna fuerza, pero ya no ofrece mucha resistencia, y se deja arrastrar por el torbellino de la vida. Después del incidente

³⁰ Op. cit. p. 114.

del rapto de Micaela, Feliz se encarga del mando de la familia. Como reformándola después de una larga ausencia, anuncia que todos "irían a la villa a cumplir 'una manda'." Antes de irse, Manuel piensa y dice que su madre no tiene la fortaleza de su padre ni de él. Al contrario, es la mujer que continúa sufriendo, mientras que los hombres se huyen: Manuel, de México; y Diego, más y más de la realidad de la vida. Mientras que Feliz sigue guardando esperanza, limpiando diariamente la recámara de su hijo, Diego ya no es el mismo hombre capaz de criticarse y de tener esperanzas. En su "acomodamiento en los moldes de la rutina" se hace esclavo del hábito, sobre todo, representado por el encendedor que le tiene una gran fascinación. Al decir: "la suerte es la madre adoptiva del éxito". Diego admite su fracaso. Ya no es más que una cuestión de tiempo. En cuanto al casamiento de Rosalinda con Toñito, Feliz, pensando más en la felicidad material de su hija, prevalece sobre las ideas filosóficas de su marido. El autor aun permite a Feliz salir por algunos días de la rutina abrumadora de su vida, al ocuparse de las preparaciones lujosas de la boda. Diego, al contrario, es disgustado por toda la hipocresía, pero ya está muy "doblado" para hablar. Aunque no tenga voluntad para protestar, Diego todavía es capaz de un gran sacrificio. La víspera de la boda, regala a Rosalinda todos sus ahorros; muy pocos, comparados con los de Toñito, pero de un gran valor para él. Rosalinda, viviendo en un sueño, apenas le da las gracias. Al salir de la ceremonia de la iglesia, Diego y Feliz, dejados en la acera "como basura", se sienten más que nunca ligados el uno al otro. Después de quitarse las ropas de la boda, Feliz pierde la vanidad que la cambiaba un poco. Otra vez la mujer se muestra más fuerte que el hombre, y Feliz consuela a Diego. Este, más anonadado que nunca, pierde su empleo, se enferma, se acuesta agotado, y se muere dentro de pocos días. Feliz, a pesar de todas las despedidas, todavía tiene la fuerza de colgar el papel del balcón, salir de la planta media, y enfrentarse al mundo.

Como captó el ambiente del *Campamento* y de los *Arrieros*, Gregorio López y Fuentes ha captado el ambiente del *Entresuelo*. En sus obras previas, sólo pintó escenas de la ciudad, que le sirvieron para hacer contraste con los paisajes primorosos y las costumbres sanas del campo. Así, nos presentó vistas de cantinas, casas de prostitutas, la

cárcel, etc. En cambio, en *Entresuelo*, se entrega completamente a su tarea de pintar la vida de una familia de la clase media, tal como es, con todos los cuadros que sirven para el fondo del escenario, en que trabajan los protagonistas. Para el autor, no es necesario describir en detalle cada tienda o cada persona en la calle para darnos una idea del barrio en que viven los Doblado. Con unos párrafos logra darnos una verdadera impresión "audiovisual" del ambiente, pero aun más, logra captar el espíritu del barrio.

"Desde el balcón vieron la calle y la gente que había en ella. En la acera de la bojería se arremolinaba un grupo, en el cual, sin duda, bien hubieran podido atrapar al ratero que por la noche robó un comercio de la calle siguiente; jovencillos que acaso por un error se engrasaron el pelo y no los zapatos; holgazanes, duchos en los bailes modernos.

De la pulquería de la esquina brotaba un torrente de música y de gritos, y a sus puertas se mecía, entre la amistad y la riña, el pueblo: bajo su overol lleno de cal, lleva, además de la voz grave en el canto a dúo con la mujer destemplada y ríspida, una chaveta pegada a la piel.

En la acera de enfrente, sentado al sol y envuelto en un sarape, un hombre ya viejo, tal vez enfermo, lo miraba todo con indiferencia.

Y por el carril de los grandes edificios, el constante desfilar de los automóviles que valen fortunas".³¹

Claro está que López y Fuentes no es un pintor completamente objetivo. Nunca pierde su sentido de la crítica social. En este trozo, vemos el contraste en tres dimensiones. Existe la diferencia entre los "pachucos" y el viejo con su sarape, lo cual acentúa otra vez para el autor el contraste entre el producto de la ciudad y el producto del campo, hecho víctima de la ciudad. Además, hay el contraste entre los edificios altos y los automóviles caros, que representan los elementos que disfrutaban del progreso de la civilización, y los "pachucos", residuo despreciable del mismo progreso.

Otras escenas igualmente vívidas y típicas de la planta media, que forman algunos de los mejores pasajes del libro son: el baile de toca-

³¹ Op. cit. págs. 19-20

discos, en cuya presentación en unas cuantas páginas, la "cámara" de López y Fuentes llega a captar todos los elementos retratados con tanto detalle por "Facundo" en su novela, *Baile y Cochino*; el beso habitual y mecánico, con el cual Diego se despide de su esposa cada mañana antes de salir; las pláticas familiares de sobremesa. La mañana después del rapto de Micaela, Feliz se da cuenta de que sus hijos no han dormido y confiesa sus inquietudes a su marido. La respuesta completamente natural de Diego revela el humorismo del autor: "Habrá chinches en sus camas". Con igual habilidad sabe el Director de *El Universal* pintar la miscelánea mexicana, que los primeros "brotes" de amor en el pecho de Clotilde.

Al dedicar esta novela a la planta media de la ciudad, el novelista no ha abandonado enteramente su preocupación por la suerte del indígena. Discutiendo la construcción de un puente en el pueblo, escribe Pablo Iglesias:

"La mano de obra correría a cuenta de nuestros desinteresados y obedientes ingenieros, los indios".

En su contestación, Diego también expresa su "simpatía" por los indios:

"la mano de obra queda a cargo de los naturales, esos hermanos incomprendidos que tanto han hecho por la gente decente... El transporte, que acaso sea lo más costoso, también puede correr por cuenta de ellos, en lo que tendrán una gran satisfacción, ya que durante toda su historia no han hecho otra cosa que cargar..."³²

Ya hemos dicho que *Entresuelo* es un compendio de todos los aspectos del autor. En todas sus otras novelas hemos notado un gran interés en la descripción del campo, y de sus costumbres. Aun en *Entresuelo*, novela dedicada completamente a la vida en la ciudad, no se ha olvidado este interés. Como en *Huasteca* el capítulo acerca del guardador de las válvulas sirve para un oasis tranquilo en medio del bullicio de los pueblos petroleros, en *Entresuelo* López y Fuentes otorga un descanso a las aflicciones de Diego y Feliz con el relato de la cura del "secapalo", en el cual revela su gran fe en el poder curativo de una vida sana y activa en medio de la naturaleza.

³² Op. cit. p. 74.

Al limitar el número de sus personajes, en vez de abarcar toda una masa como en *Campamento*, *Tierra* y *El Indio*, el gran novelista mexicano alcanza una mayor unidad en *Entresuelo* que en sus obras previas. Otro factor que contribuye a esta unidad es su uso de “retrospectivas” e insinuaciones que sirven para ligar estrechamente los capítulos. El lenguaje de *Entresuelo* está más pulido que el de sus otras novelas, y las frases más llenas.

A pesar del estilo superior de la novela, hay que advertir un defectillo en el mismo estilo. Al escribir *Entresuelo*, López y Fuentes se esforzó por producir una obra de una estrecha unidad novelesca, para confundir a los críticos que decían que él no sabía construir una buena novela. Realizó su propósito a tanto grado, que la construcción de la novela es tan perfecta, que sufre un poco por la falta de la espontaneidad absoluta de sus previas obras.

Sin embargo, tanto por el estilo, cuanto por el asunto, ha creado Gregorio López y Fuentes una novela distintamente superior en *Entresuelo*. Al eliminar los localismos que abundan en sus otras obras, no ha disminuído la mexicanidad de esta novela; pero sí que ha aumentado su universalidad. *Entresuelo* es el primer libro producido por el novelista en cuatro años. Es de esperarse que con el éxito seguro de esta novela, no tardará tanto en escribir su próxima obra.

VII
Estilo

... a la ...
...
...

En general, podemos decir que el estilo de López y Fuentes es completamente directo, sin rodeos y sin descripciones largas y fastidiosas. Sus libros comienzan sin prólogos extensos y luego, luego, el lector es avisado del problema estudiado por el autor. Aunque es un escritor cuyo realismo a veces choca a nuestra sensibilidad, suele intercalar en sus novelas pasajes de una belleza poética, las cuales se destacan sumamente por su posición en el libro.

Como novelista, ha mostrado una atención creciente a los aspectos técnicos de la construcción de la novela. *Campamento y Tierra*, sus primeras dos novelas formales, tienen una unidad que depende completamente del tema y no de la construcción novelística. *Mi General* encuentra su unidad en el estudio de sólo un personaje. *El Indio*, cuadro de todo un pueblo, aparte de la unidad derivada del tema, tiene una unidad artificial en las apariciones casuales del lixiado por todo el libro. También ayuda un poco, la referencia en las últimas páginas del libro, a los tres blancos que aparecieron en el primer capítulo. *Arrieros*, más que novela, es una colección de memorias, anécdotas, y refranes que son unidos por el protagonista, el Refranero. En *Arrieros* también, se nota que el autor no ha olvidado enteramente la construcción novelística del libro en la reaparición, al final del libro, del viejo Blas, a quien el Refranero y el autor habían ayudado, consolándole por la pérdida de su mula, que se había rodado del camino. *Huasteca*, es interesante notar, tiene la misma estructura novelística que *Las Uvas de Ira* de John Steinbeck, también un autor que se preocupa mucho por los problemas de los desdichados de la sociedad. Este estilo consiste en que un capítulo, en el cual el autor hace observaciones generales, y a veces, filosóficas, siempre

precede a un capítulo que las ilustra en relación con la trama del libro. Esencialmente, un ataque contra la explotación extranjera del petróleo mexicano, el libro alcanza unidad por los retratos sucesivos de Guillermo y Micaela. *Acomodaticio*, trazando las carreras políticas de los tres protagonistas, es una novela por el tema, y por eso no necesita artificios literarios. *Los Peregrinos Inmóviles*, aunque abarca un tema tremendo, llega a tener una unidad estrecha, debida a la destreza literaria del novelista maduro. La parte central del libro, sin duda la parte más importante, es una evocación de los tiempos pasados, producida en la mente del viejo Marcos, quien nos fue presentado en la primera parte de la novela. Esta historia de las peregrinaciones de los indios interrumpe el relato del pleito de la familia de Antonio con la de Cirilo: pleito que se resuelve en la tercera y última parte del libro. La última frase de la novela, "En esos momentos comenzó a sonar la campana . . .", con su indicación de la continuación de las peregrinaciones de los indígenas, se eslabona con la parte central. En *Entresuelo*, ya hemos notado la unidad más perfecta de toda las novelas de López y Fuentes.

Una de las características más sobresalientes del estilo del novelista es su uso constante de símbolos de animales. En casi todas sus novelas, hay mención de la caza de un ciervo o venado. En *Mi General*, se revela la clave de este símbolo, cuando el protagonista dice que probablemente el indio cayó como un ciervo herido. La gran preocupación del autor por la suerte del indio mexicano y la frecuente referencia al venado cazado se unen para formar un retrato, a la vez bonito y trágico. El indígena, como el venado, se ve alto, recto, con el cuello erguido en ademán orgulloso. No obstante, al llegar los cazadores o los representantes de la civilización, se asusta y huye, pero siempre en vano.

Una de las aves encontradas en mayor abundancia por toda la república, y sobre todo, en el Estado de Veracruz, es el horrible zopilote. Esta ave, tan cobarde ante la vida, se vuelve desvergonzada con el olor de la carne muerta. En *Tierra*, López y Fuentes llama "zopilotes" a aquellos peones, que durante la Revolución conseguían sus armas, robándolas a los cadáveres. En *Huasteca*, aplica el término despreciable a los gerentes de las compañías petroleras:

“—¿Pero han visto qué voracidad de estos señores? ¡Han caído sobre el petróleo como una bandada de zopilotes sobre un caballo muerto!”³³

La serpiente, también muy común en la tierra caliente de Huasteca, se halla como símbolo muchas veces en estas novelas; sobre todo, como el símbolo de una caravana de indios bajando o subiendo una vereda sinuosa, como en *Los Peregrinos Inmóviles*.

Como hemos visto el doble uso del zopilote como símbolo, también la araña tiene dos aplicaciones simbólicas en las novelas de López y Fuentes. Por todas las páginas de *El Indio*, se refiere al guía lisiado como la araña. En *Huasteca*, el movimiento de las manos del abuelo moribundo son comparadas con “la lentitud de dos grandes arañas que se buscan y no se encuentran”.

Resumiendo el estilo del autor, podemos decir que esencialmente es realista. Los oasis poéticos y el frecuente uso de símbolos hacen un contraste agudo con el tono general de los libros, y aumentan su encanto rústico. Sin embargo, hay que advertir que, a veces, el novelista abusa de sus símbolos, y llegan a ser un poco estereotipados y fastidiosos.

por no ser...
 ...
 ...

1 - ...
 2 - ...
 ...

³³ Gregorio López y Fuentes, *Huasteca*, p. 217.

...
 ...
 ...
 ...

VIII

López y Fuentes y la *Novela Mexicana*

hechos se conocen tan

La novela mexicana, uno de los géneros menos cultivados durante la época colonial, va madurándose actualmente, y sin duda, es el género literario más mexicano del país. Las novelas de López y Fuentes, sin marcada influencia ajena, son mexicanísimas, no sólo por los temas, sino también porque, literariamente, descienden de todas las grandes novelas mexicanas del pasado.

En este bosquejo de la historia de la novela mexicana, vamos a discutir, sobre todo, las novelas que pueden señalarse como antecedentes de las de Gregorio López y Fuentes, con el propósito de colocar a éste en su sitio merecido entre los literatos del país.

Aunque durante toda la época colonial había "intentos" de escribir novelas, en las cuales se pueden descubrir los gérmenes de la novela mexicana, casi todos los críticos están de acuerdo, al afirmar que la primera novela mexicana fue *El Periquillo Sarniento* del "Pensador Mexicano", Fernández de Lizardi. A pesar de lo que debe a las novelas picarescas españolas, y sobre todo, a *Gil Blas de Santillana* del francés Lesage, no puede negarse la mexicanidad de la obra. Antes de condenar el libro por sus moralejas fastidiosas, hay que darse cuenta de la época en que fue escrito. En la política, México, todavía una colonia, estaba comenzando a despertarse, para después aprovecharse de la situación mundial que le permitió conseguir su independencia. "El Pensador Mexicano", ocupado en hacer la propaganda en favor de la independencia, no tenía tiempo para dedicarse a escribir una novela con todo el esmero que buscamos actualmente. En cuanto a la literatura de la época, hay que recordar la importancia de los moralistas españoles, y la juventud de la novela como género literario. El siglo diecinueve iba a ver el florecimiento del género con los grandes novelistas europeos: Balzac y Flaubert en

Francia; Dickens y Thackeray en Inglaterra; Galdós y Pereda en España; Dostoievsky y Tolstoy en Rusia, etc. Podemos decir que Lizardi estaba explorando un nuevo campo. La novela picaresca, sirviéndole de punto de partida, ya no podía sustentarse en el siglo diecinueve. Necesitaba algo más para hacerse duradera. Este vacío fue llenado por el costumbrismo del libro, lo que lo hace todavía leíble, a pesar de sus numerosas digresiones. Es esta característica del libro la que lo liga con las novelas de López y Fuentes. *El Periquillo Sarniento* es un verdadero museo de los últimos años del Virreinato de Nueva España, como las novelas de López y Fuentes lo constituyen por la época actual. Además de criticar las costumbres de la gente con un realismo, que a veces llega a ser crudo, Lizardi critica el estado político existente. Aunque no pudo mencionar directamente las autoridades, por temor de la censura, el lector no puede menos de preguntarse por qué existen estas condiciones tan deplorables. Se siente el despedazamiento de la antigua sociedad virreinal, y se oye de cerca el rugimiento sordo que estalló en la insurrección del cura Hidalgo y Morelos. En su reproducción de ambiente y su creación de tipos, Lizardi escribe en el lenguaje popular, con todos sus dichos, refranes, en fin, con todas las características que han contribuido a distinguir el castellano hablado en la República de México.

La segunda gran figura de la novela mexicana que hemos de discutir es Luis G. Inclán. Perteneciendo a una época nueva, época en que México ya había ganado su independencia, Inclán, en su obra maestra, *Astucia*, nos presenta el retrato del tipo nuevo y perdurable, el rancharo, producto de la Guerra de Independencia. Si podemos señalar a Lizardi como el primer antecesor de López y Fuentes como costumbrista de la ciudad y crítico de instituciones, también podemos señalar a Inclán como su antecesor en el costumbrismo del rancho. *Astucia*, un tesoro folklórico, tiene el defecto del descuido absoluto de la forma. Por su tendencia a decir cosas en páginas que hoy se dicen en renglones, *Astucia* ha perdido mucha popularidad. Sin embargo, como *El Periquillo*, *Astucia* conserva su importancia como un documento histórico de la vida ranchera después de la Guerra de 1810-21. Como el autor de *Arrieros*, Inclán, amante de la naturaleza, y admirable pintor del campo, introduce muchos giros usados

exclusivamente por los rancheros. Una diferencia entre Inclán y López y Fuentes es que aquél no trata de ser propagandista ni reformador como Lizardi. Esto puede considerarse como una ventaja por algunos críticos, como Mariano Azuela, por ejemplo, y por otros, como un defecto. De todos modos, el hecho de ser puro narrador aparta un poco a Inclán del sujeto de este estudio.

Siguiendo en la tradición del *Periquillo Sarmiento* y *Astucia*, *Los Bandidos del Río Frío* de Manuel Payno nos atrae por sus aventuras y por sus cuadros de costumbres. A pesar de que Payno era un hombre más culto y más conocedor del mundo que Lizardi e Inclán, su obra maestra también sufre por la negligencia del estilo, igual que las obras de éstos. *El Pistol del Diablo* (1845-46) fue la primera novela que apareció en México después de las de Lizardi. Una obra menos famosa que establece un vínculo entre Payno y López y Fuentes es *El Hombre de la Situación*, novela de costumbres llena de ironía, con un tema político de la época, que por su título, nos hace pensar en *Acomodaticio*.

Completando el ciclo de los fundadores de la novela mexicana, aparece la figura de José Tomás de Cuéllar, mejor conocido por su seudónimo, "Facundo". En *La Linterna Mágica*, Cuéllar quería llevar a cabo para México lo que el gran Balzac no llegó a hacer para Francia en su *Comedia Humana*; es decir, presentar un cuadro completo de la sociedad contemporánea. "Facundo" se distingue de sus predecesores mexicanos por la brevedad de sus novelas. Siguiendo como modelos a Mesonero Romanos y a Larra en la observación de detalles, logra representar con pinceladas escenas completas y divertidas, las cuales no fueron realizadas por Lizardi, Inclán y Payno sino en tomos gruesos. Más que fotógrafo, Cuéllar es caricaturista, amplificando lo ridículo de sus personajes sin intentar profundizar sus caracteres. Claro está que para poder caricaturizar la sociedad, hay que conocerla perfectamente bien. En cuanto a su creación de tipos, más que individuos, y su estilo rápido, puede considerarse como precursor de López y Fuentes. Sin embargo, hay que darse cuenta de que "Facundo" sólo se preocupa por el retrato de la clase media, y además, critica las costumbres de la gente, no las injusticias políticas, sociales y económicas del país.

Como vamos analizando a los varios autores del siglo diecinueve, vemos que los gérmenes de las novelas de López y Fuentes se encuentran en casi todos los novelistas importantes del siglo pasado, sin poder señalar a ningún autor como su precursor definitivo y directo.

Aunque poco semejante a López y Fuentes, en cualquier discusión de la novela mexicana, hay que mencionar a Ignacio M. Altamirano, como el primer autor que se preocupó por el arte de hacer la novela. Si sus novelas carecen de la intensa mexicanidad de *Astucia* y *Los Bandidos del Río Frío*, por ejemplo, superan a éstas en su universalidad por la creación de personajes vivos, no caricaturas, por medio de un pensamiento claro, expresado con un lenguaje sobrio y sencillo. *Clemencia* es una novela que, además de tener retratos de escenas jaliscienses, es completamente universal, y por la creación de sus personajes, es digna de tener su puesto al lado de las novelas europeas.

En el desarrollo de la novela mexicana, sigue un grupo de cuatro realistas con marcada influencia europea: Rafael Delgado, Emilio Rabasa, y José López Portillo y Rojas, de influencia española, principalmente de Pérez Galdós y José María Pereda; y Federico Gamboa de la influencia francesa de Emile Zola.

Rafael Delgado se asemeja a López y Fuentes en su gran cariño por los paisajes, la provincia, la gente, y las costumbres del Estado de Veracruz. A pesar de ser muy realista en sus descripciones, en efecto, no es tan realista, puesto que en todas sus novelas siempre triunfa el bien. Aunque sus novelas se limitan casi exclusivamente al examen de la vida y las costumbres de la burguesía provinciana, no podemos echarle la culpa de no haber tenido la visión social de López y Fuentes. Aquél perteneció al siglo diecinueve, que en la novela es casi enteramente burguesa. Sólo a partir del siglo veinte, tiende la novela a interesarse por las clases desvalidas de la sociedad.

Por sus novelas que exponen el caciquismo brutal del régimen de Porfirio Díaz, Emilio Rabasa ya está más cerca de la época de López y Fuentes. En sus novelas podemos encontrar antecedentes por todos los cuadros del político provinciano que aparece en *Huas-*

teca y *El Indio*. Interesándose en la política de su época, Rabasa se parece a don Gregorio en su aspecto de novelista de tesis, pero hay que reconocer que no es costumbrista como éste.

López Portillo, cultivador de la novela realista de ambiente social, nos presenta la vida ranchera del campo jalisciense con el habla regional y los tipos bien pintados. No teniendo el vigor crudo de *Astucia*, y sin ninguna tendencia política, *La Parcela* es un libro de interés literario con descripciones aparentemente hechas por un turista, que se sorprende de todo lo que ve.

Federico Gamboa, a pesar de ser extremadamente realista, siguiendo en los pasos de su maestro Zola, fue bastante romántico en sus ideas. Sólo su gran talento novelístico ha podido sobrevenir la inverosimilitud de sus tramas. Nos interesa en este estudio, porque en su novela *Suprema Ley*, presenta los tipos del burócrata Julio Ortegual y su esposa, quienes se parecen mucho a Diego Doblado y Feliz de *Entresuelo*.

“Julio Ortegual, individuo enteco, tímido, cargado de familia, pobre y tísico por añadidura, es el protagonista de *Suprema Ley*. En un ambiente de miseria sombría, este hombre, buen esposo y buen empleado, comparte su pobreza con una compañera abnegada y cariñosa que supo resignarse a la vida del burócrata de ínfima categoría”.³⁴

Claro está que, aparte de la descripción del protagonista, *Suprema Ley* pierde toda semejanza a *Entresuelo*. Sin embargo, es interesante notar, quizás la primera manifestación novelística de preocupación por la suerte de los burócratas oprimidos.

En la búsqueda de los gérmenes de las novelas de López y Fuentes, no podemos dejar de mencionar *Tomochic* de Heriberto Frías. Este novelista, menos conocido que los anteriores, introduce en la novela mexicana la preocupación por los oprimidos, y un interés en los indígenas mexicanos; lo que se desarrolla completamente en las obras del autor de *El Indio* y *Los Peregrinos Inmóviles*. Anticipando

³⁴ Mariano Azuela, *Cien Años de la Novela Mexicana*, Ediciones Botas, México 1947, p. 194.

el estilo directo y sencillo del relato, tan propio de las novelas de la Revolución, Frías nos ofrece en algunas partes de su novela una crítica ligeramente disfrazada del porfirismo. En las páginas de este libro, se siente la inminencia de la Revolución, de cuyos ideales es López y Fuente el gran propagandista.

Podemos decir que la característica más sobresaliente de la novela mexicana de nuestros días, es su nacionalidad indiscutible, ora manifestada en temas históricos, ora en preocupaciones con cuestiones actuales. A los novelistas de la última categoría, pertenece Gregorio López y Fuentes. De los novelistas contemporáneos, parece que el Director de *El Universal* tiene más afinidad con Mariano Azuela. Hay relaciones entre *Mala Yerba* y *Tierra* en la descripción de las costumbres de una hacienda porfiriana. *Los de Abajo*, a pesar de ser una obra antirrevolucionaria, contiene el mismo realismo crudo que se encuentra en *Campamento*. Pero es, sobre todo, en su última novela *Entresuelo* que López y Fuentes se acerca mucho a Mariano Azuela, esencialmente pintor de la clase media. No hace falta una gran imaginación para notar la semejanza entre Conchita de *La Luciérnaga* y Felicitas Doblado.

En este breve bosquejo hemos señalado a varios autores, cuyas novelas tienen algo en común con las de López y Fuentes. Eso no quiere decir que aquéllas han influido en éstas. Se han señalado para demostrar la mexicanidad de las obras estudiadas, en cuanto a la tradición novelesca del país. López y Fuentes es un hombre del siglo veinte. Sus novelas son, más que nada, novelas de tesis. El origen de esta clase de novela puede encontrarse en todas las literaturas del mundo, pero "le race, le milieu, et le moment" son propios del autor. Sus obras tratan de problemas que son peculiares al México del siglo veinte. En cuanto a su costumbrismo, sigue una de las corrientes más poderosas de la novela mexicana. Combinando el costumbrismo con la novela de tesis, López y Fuentes ha logrado producir obras que reflejan fielmente la vida de su patria. Sus paisajes, sus habitantes, sus costumbres y sus problemas: todo se encuentra en sus obras.

Mariano Azuela posa una pregunta sobre los méritos de la novela mexicana.

“¿Hay novela mexicana? Respondo sí, si nos referimos a la novela con minúscula: hay novela mexicana como la hay cubana, guatemalteca, chilena, etc. Pero si hablamos de la gran novela respondo con un no rotundo”.³⁵

Si López y Fuentes no ha producido una novela digna del título de la novela mexicana, puede ser que su obra en su entereza la constituya. En conclusión, podemos decir, que si consideramos a autores como Lizardi, Inclán, Payno y Cuéllar, como los iniciadores de la novela mexicana, y a autores como Altamirano, Delgado, Rabasa, López Portillo y Gamboa, como figuras de transición que aportaron los refinamientos europeos a la novela mexicana, podemos decir también con las palabras de Ermilo Abreu Gómez que:

“En la obra de Gregorio López y Fuentes —como en un ramaje de sueños— madura el espíritu de México”.

³⁵ Op. cit. p. 226.

IX
Conclusión

Ya que hemos valorado la obra novelesca de López y Fuentes desde el punto de vista literario, nos toca hacer una valoración final de las ideas expuestas en ellas. Esencialmente, López y Fuentes es un novelista de la Revolución. Aboga por los ideales de ella, pero sin dejar de ver sus defectos. Vamos a recapitular tres aspectos de la Revolución tratados por López y Fuentes: los aspectos social, económico y político.

Gregorio López y Fuentes tiene no sólo una gran fe en la supervivencia del indio mexicano, sino también una convicción fuerte en la inhabilidad de éste de encontrar la paz duradera y la seguridad económica. Aunque estoy de acuerdo con el autor en cuanto a la supervivencia del indio, comprobada por la resistencia a siglos de persecución y maltrato, hay que darse cuenta de que propiamente dicho, ya no es un problema racial, sino un problema social. Es decir que en el centro de la República, que constituye el escenario de las novelas de López y Fuentes, el indio puro es relativamente raro. El mismo autor nos lo indica en *Los Peregrinos Inmóviles*, donde nos da a entender que aun el mestizaje no pone fin a las peregrinaciones. Entonces, ¿cuál es la solución? Consiste en restaurar la confianza no únicamente de los indios, sino de todos los pueblos atrasados, en el gobierno de México, no solamente en los blancos, como dice López y Fuentes. El problema ya no consiste en el conflicto racial entre indios y blancos, sino en el atraso de los lugares rurales que el gobierno está procurando aliviar actualmente. La solución favorecida por López y Fuentes, con la cual estoy de acuerdo, tiene su base en la construcción de escuelas rurales dirigidas por maestros que conozcan y entiendan los problemas de los habitantes del campo. Sólo un maestro que se dé cuenta de la importancia de las regiones rurales y de sus

habitantes en el desarrollo de México, puede apreciar a sus alumnos, inspirarles confianza, y enseñarles a incorporarse más en la vida nacional.

También debemos tomar en cuenta la posición del maestro rural, a quien López y Fuentes piensa dedicar una de sus próximas novelas. A pesar del sueldo desproporcionado con el carácter del trabajo que está realizando, los maestros rurales siguen en su marcha inspirada, ayudando a sembrar las semillas de maíz igual que las "semillas" de los conocimientos, tan necesarios en la vida moderna. Un gran paso en la educación rural está desarrollándose en el programa del Instituto Federal de Capacitación del Magisterio. A pesar de su gran entusiasmo por el Instituto que les ha proporcionado la oportunidad de extender los horizontes de su cultura, los maestros rurales no pueden menos de sentir disgustos, ocasionados por irregularidades en la cuestión de sueldos. Un maestro hambriento no puede enseñar bien, sobre todo si tiene que pensar constantemente en la manera de dar de comer a una familia numerosa. Así vemos que, aunque no queramos creerlo, el problema de la enseñanza está estrechamente ligado al problema económico. Esto se aplica no sólo a los maestros, sino también a sus alumnos. En *El Indio*, el maestro rural,

"Al ver que la asistencia de niños indígenas era nula, hizo una visita a las rancherías donde le dieron las más completas explicaciones de la causa: que les era más urgente el cultivo de la tierra, que el cultivo de los hijos. Los muchachos también comen —dijo un indio cargado de familia— y, por lo tanto, también tienen que trabajar".³⁶

Este párrafo nos lleva a la discusión del aspecto económico de la Revolución, tratado en las novelas estudiadas en esta tesis.

En *Tierra*, López y Fuentes es el mejor propagandista de la Revolución agraria encabezada por Emiliano Zapata. A la justificación de la Revolución agraria, expuesta en la primera parte de *Tierra*, no se puede oponer ningún argumento. El sistema de "esclavitud" de las haciendas, perpetuado por la tienda de raya, el apo-

³⁶ Gregorio López y Fuentes, *El Indio*, p. 266.

yo de la Iglesia, la falta de educación, y el apoyo del gobierno en el reclutamiento de los malcontentos no tenía ningún lugar en la sociedad del siglo veinte. Que la Revolución estaba justificada por las causas, no cabe duda; pero todavía tiene que justificarse por los resultados. Teóricamente el campesino disfruta de una posición mucho mejor que la prerrevolucionaria. Ahora es un hombre libre quien, en muchos casos, tiene su propia parcela que cultivar. No obstante, hay que reconocer que la libertad es una cosa muy relativa, y que casi siempre está relacionada con condiciones económicas. Si antes de la Revolución, el campesino dependía del amo de la hacienda, hoy día depende de los bancos que le permiten seguir cultivando la tierra. En muchos casos, los bancos son casi tan explotadores como lo eran los amos de las haciendas, y muchos campesinos se encuentran en extenuadas situaciones económicas. Sin embargo, de ninguna manera debemos desear el regreso al sistema agrario del siglo diecinueve. Ya que tienen su libertad teórica, hay que dar a los campesinos su libertad económica, consistiendo en el establecimiento de garantías por su pequeño capital, lo que es el tema de la próxima novela de López y Fuentes.

Después de hablar de un problema económico doméstico, hay que analizar la posición del autor respecto a un problema económico relacionado con todo el mundo: la expropiación del petróleo en 1938. La importancia del petróleo en una época de guerras de "tanques" y aviones es tremenda. Comenzando en la segunda mitad del siglo diecinueve, la busca del "oro negro" ha continuado hasta nuestros días. Durante la Primera Guerra Mundial, México produjo una gran parte del petróleo consumido por todo el mundo; pero en la Segunda Guerra Mundial, no se halló en una posición tan prominente en la producción de este mineral apetecido. ¿Qué había pasado entre las dos guerras? La expropiación de los terrenos petroleros de las compañías extranjeras en 1938 quitó a México muchos abusos, pero también le privó del capital extranjero. Como López y Fuentes, apruebo completamente la acción del General Lázaro Cárdenas. Se puede protestar que fue un remedio demasiado extremo, pero hay que reconocer que eso es exactamente lo que se necesitaba. Ningún arreglo parcial habría bastado para sacudir el yugo de la explotación extranjera.

La intransigencia de las compañías petroleras de los Estados Unidos del Norte todavía se muestra en las discusiones actuales con los representantes de Petróleos Mexicanos, en las cuales han establecido requisitos, antes de volver a ingresar su capital, que serían vergonzosos para México. Tampoco es de dudarse la influencia de las compañías petroleras en la tardanza en prestar a México el dinero pedido al gobierno de los Estados Unidos del Norte. Sólo es de lamentar que aquí falten la maquinaria y el capital para desarrollar intensamente la industria petrolera sin ayuda extranjera.

Las soluciones de los problemas sociales y económicos de México depende en gran parte de la necesidad de establecer una tradición de respeto por las instituciones democráticas y de la honorabilidad en la política. México es un país riquísimo en recursos naturales. Su población no es excesiva para el tamaño de la nación y sus riquezas. Disfruta de una favorable posición geográfica: grandes costas en el Atlántico y el Pacífico que le proporcionan el acceso al comercio europeo y asiático, y proximidad a los Estados Unidos del Norte y a las repúblicas latinoamericanas que le ofrecen buenos mercados.

Entonces, ¿por qué es que México no se encuentra entre las primeras potencias del mundo? La explicación se encuentra en la historia del país, pero la solución debe efectuarse lo más pronto posible. Una colonia política hasta comienzos del siglo diecinueve, y una colonia económica hasta el siglo veinte, México, como país propiamente independiente, es muy joven. A los años de lucha intensa contra los españoles, siguieron invasiones extranjeras y décadas de guerras civiles, reflejo del caciquismo experimentado por casi todas las repúblicas de Centro y Sudamérica. A fines del siglo diecinueve vino la paz porfirista, debida sólo a la fuerza y al cansancio del pueblo. La prosperidad aparente del país, en realidad, consistía en la prosperidad de las compañías extranjeras explotadoras y de los pocos mexicanos que disfrutaban de sus favores. La época de la Revolución armada, que no se acabó completamente hasta la presidencia del General Cárdenas, mantuvo a México en un estado de alboroto constante durante una veintena de años. Claro está que es casi imposible que México consiguiera en quince años las tradiciones democráticas desarro-

lladas en los países anglosajones a través de siglos. Lo que México necesita para desarrollarse como una de las naciones más importantes del mundo es, sobre todo, una conciencia del deber en sus políticos. Nadie reconoce esto más que López y Fuentes, como lo ha demostrado en sus novelas, *El Indio*, *Huasteca* y *Acomodaticio*. Hacen falta más hombres como el Director de *El Universal*, quienes se dan cuenta de los defectos de su país, y no tengan miedo de criticarlos abiertamente; pero también hacen falta hombres con un programa positivo que ofrecer al pueblo, y es de sentirse que hasta ahora Gregorio López y Fuentes no haya llegado a este punto. Después de haber leído las novelas estudiadas en esta tesis, y después de mucho estudio y observación personal, estoy convencido de que la base de cualquier programa constructivo tiene que ser la educación, consistiendo principalmente en la eliminación del analfabetismo y en despertar el espíritu cívico en las masas; pero, la educación necesariamente acompañada de un mejoramiento del nivel económico-social de la vida del pueblo mexicano.

CRONOLOGIA DE LAS OBRAS DE GREGORIO
LOPEZ Y FUENTES

- La Siringa de Cristal* (1913).
Claros de Selva (1922).
El Vagabundo (1922).
El Alma del Poblacho (1924).
Campamento (1931).
Tierra (1932).
Mi General (1933).
El Indio (1935).
Arrieros (1937).
Huasteca (1939).
Cuentos Campesinos de México (1940).
Acomodaticio (1943).
Los Peregrinos Inmóviles (1944).
Entresuelo (1948).

BIBLIOGRAFIA

- Mariano Azuela, *Cien Años de la Novela Mexicana*, Ediciones Botas, México 1947.
- Crisol*, octubre de 1933, n. 58, p. 255. Rafael Lozano, "Tierra".
- Carlos González Peña, *Historia de la Literatura Mexicana*, Editorial Porrúa, México 1945.
- Julio Jiménez Rueda, *Historia de la Literatura Mexicana*, Ediciones Botas, México 1946.
- Mexican Life*, Nueva York, abril de 1937, vol. XIII, n. 4, p. 32. "El Indio".
- ibid., noviembre de 1940, vol. XVI, p. 23. Ernest R. Moore, "Gregorio López y Fuentes".
- New York Times*, 17 de febrero de 1937, Ralph Thompson, "El Indio".
- New York Times Book Review*, 4 de febrero de 1934, Frank Hanighan, "Tierra".
- ibid., 21 de febrero de 1937, p. 3, Charles Poore, "López y Fuentes".
- ibid., 12 de septiembre de 1937, págs. 8 y 27, "El Indio".
- New York University, tesis de maestro, 1939, Richard Brun, *The Novels of López y Fuentes*.
- F. Rand Morton, *Los Novelistas de la Revolución Mexicana*, Editorial Cultura, México 1949.
- Spanish Review*, abril de 1937, vol. IV, n. 1, págs. 23-31, Ernest R. Moore, "López y Fuentes, Novelist of the Mexican Revolution".

- El Universal*, 24 de octubre de 1948, magazine, p. 1, "Entresuelo".
- El Universal Ilustrado*, 8 de octubre de 1931, vol. XV, n. 752, p. 22, A.N.A., "Campamento".
- ibid., 15 de octubre de 1931, vol. XV, n. 753, p. 4, Acevedo Escobedo, "Campamento".
- ibid., 17 de noviembre de 1932, vol. XVI, n. 812, p. 13, Ermilo Abreu Gómez, "Tierra".
- ibid., 4 de julio de 1932, vol. XVI, p. 3 "López y Fuentes".
- ibid., 26 de julio de 1934, vol. XVIII, n. 898, p. 18, Carlos Noriega Hope, "Mi General".
- ibid., 4 de julio de 1935, vol. XIX, n. 947, p. 3, "El Indio".
- ibid., 25 de marzo de 1937, págs. 8-9, "Gregorio López y Fuentes".

I N D I C E

	<i>Página</i>
NOTA PRELIMINAR	9
I.—VIDA DE LOPEZ Y FUENTES	13
II.—NOVELISTA DE LA REVOLUCION	21
III.—COSTUMBRISTA DEL CAMPO	39
IV.—EL PROBLEMA INDIO	53
V.—NOVELISTA PSICOLOGICO	69
VI.—ENTRESUELO	83
VII.—ESTILO	97
VIII.—LOPEZ Y FUENTES Y LA NOVELA MEXICANA	103
IX.—CONCLUSION	113
CRONOLOGIA DE LAS OBRAS DE GREGORIO LOPEZ Y FUEN- TES	119
BIBLIOGRAFIA	121



UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS